EL TEATRO MODERNO

PILAR MILÁN ASTRAY

LA GALANA

50 CENTIMOS

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lagalanacomediae3135mill

EL TEATRO
MODERNO
AÑO II 1 MAYO 1926 NUM. 31

Pilar Millán Astray

LA GALANA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO DE APOLO
DE MADRID,
EL 24 DE FEBRERO DE 1926

CANTO GAR
HIJO DE
Conde de Almodóvar
VALENCIA

PRENSA MODERNA
MADRID

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

LA MALQUERIDA

POR

Jacinto Benavente

PORTADA DE

AGUSTÍN

CARICATURA DE

SIRIO

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE 21. MADRID

PILAR MILLÁN ASTRAY

862.7
T257
no.31-35

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Galana, 42 años	*Concha Catalá.*
Dora, 22 años	*Hortensia Gelabert.*
Celia, 18 años	*María de las Rivas.*
Lucía, 17 años	*Raquel Martínez.*
Micaela, 50 años	*Leocadia Alba.*
Nemesita, 20 años	*Elisa Méndez.*
Homobona, 45 años	*Matilde Armisén.*
Bibí, 20 años	*Pilar Alenza.*
Ciriaca, 17 años	*Jacinta Alenza.*
Pablo, 45 años	*Emilio Thuillier.*
Rafael, 23 años	*Salvador Soler-Marí.*
Felio, 25 años	*Juan Benítez.*
Eusebio, 45 años	*José Isbert.*
Pelotilla, 20 años	*José Balaguer.*
Quito, 22 años	*Pedro López-Lagar.*
Pedro, 40 años	*Federico Gonzálvez*

La acción en Madrid.—Epoca actual.

Derecha e izquierda del actor.

ACTO PRIMERO

Trastienda de la jamonería de la Galana. Por la puerta del foro se ve una lujosa tienda con embutidos, pellas de manteca y jamones colgados. En laterales, dos puertas que dan al interior de la casa. Esparcidos por la escena, piano, cómoda, mesa de despacho con papeles y libros de caja; una mesa camilla con faldones, butacas y sillas; en las paredes cuadros y teléfono. Es una especie de salita muy bien arreglada. Debe haber flores sobre el piano y sobre la cómoda. En todo resplandece aseo y limpieza.

ESCENA I

Dora, Rafael. Después *Micaela, Ciriaca, Celia, Lucía* y la *Galana.*

RAFA. ¿Y por qué no? Vamos, ¿por qué no?

DORA. Porque no puede ser.

RAFA. ¿Es que quieres a otro? ¿Que te gusta otro?

DORA. Ya te dije que estoy libre.

RAFA. Entonces...

DORA. No entra en mis planes tener por ahora relaciones.

RAFA. Confieso que me equivoqué creyendo leer en tus ojos lo que tus labios me niegan.

DORA. ¡Qué vanidosos sois los hombres!

RAFA. En resumidas cuentas, que me das unas calabazas como una catedral. ¿Verdad, chiquilla?

DORA. *(Confusa.)* No lo tomes por ese lado. La diferencia de posición... ¡Yo no soy más que una humilde cajera, tú...!

RAFA. Pretextos inocentes y tontos.

DORA. ¡Bueno! Lo que tú quieras.

RAFA. *(Nervioso.)* Puedes tener el orgullo de decir que me dejas por segunda vez con la mano extendida pidiéndote una limosna de cariño sin que ni por caridad vuelvas la cabeza... Me has

largao un ¡Dios te ampare, hermano! con la mayor frescura del mundo.

DORA. Pronto te consolarás. ¡A fe que el niño hace vida de ermitaño!

RAFA. Por lo visto, no te importa mucho que la varíe.

DORA. En cosas más serias que en amoríos debías de pensar, Rafael. Ya sabes que me interesa que te decidas a lo que te propuse. ¿Quieres que se lo diga a tu madre?

RAFA. No. No puedo vencerme; no me gusta el comercio. Es una vida de esclavitud que se da de bofetadas con mi carácter independiente.

DORA. ¡Qué mal haces! Un negocio que puede ser tan hermoso, si todos ponéis de vuestra parte... De la manera que va... ¡quién sabe!... Podías ocupar un puesto en la casa que hace mucha falta que quede vacante.

RAFA. ¡Ni por ésas! Eres un misionero como pa volverse antropófago, pero no me conviertes.

MICAE. *(Sale lateral izquierda.)* Mira, niño, no entretengas charlando a la señorita Dora, que hoy se levantó la chulita con el moño torcío y si os pesca, acusa...

DORA. Nada le hice a tu hermana para que me tenga esa manía.

RAFA. No hagas caso al ama. Celia, en el fondo, es buenísima. ¡La mejor de los tres! Para que veas...

CIRIA. *(Sale lateral derecha. Viste de paleta.)* Esta carta con sello urgencia han traído pa la cajera.

DORA. *(Mira muy turbada el sobre y la guarda.)* Sí, es para mí.

CIRIA. L'he dao al cartero tres perras chicas que m'ha pedío.

RAFA. Tómalas y lárgate *(Vase Ciriaca lateral derecha.)*

DORA. *(Riendo nerviosa.)* Gracias. Me voy a mi caja, que el pobre Pelotilla estará deshecho de tanto esperar.

RAFA Perdóname. ¿De quién es esa carta?

DORA. *(Violenta.)* ¡Mira el curioso!... De mi novio. *(Desde el foro.)* Piensa bien lo que te he dicho. Piénsalo bien, Rafael. *(Vase.)*

MICAE. ¡Qué colorá se ha puesto al leer el sobre!

RAFA. ¡Lo que me gusta esa mujer!

MICAE. Pues de ahí no vas a sacar ná de lo que te propones. ¡Pierdes el tiempo!

RAFA. ¡Otras de más postín han picao!

MICAE. Pues con ésta te coges las yemas, niño. Si entras de costadillo la plancha va a ser de las que dejan época... ¡Tengo mejor ojo que tú pa calar señoras! *(Se sienta a coser ropa.)*

RAFA. Eres muy lista.

MICAE. Soy vieja y he visto muchos casos que fueron por burla y se colaron hasta la ceguera.

RAFA. No pases cuidao. ¿Y a ti, quien te camela, hurí del paraíso terrenal, ninfa de los bosques?

MICAE. ¡Quita, que m'has pinchao! ¡Que me ahogas!

RAFA. ¿Quién crió como los ángeles a esta preciosidá de criatura? ¿Quién es mi amita guapa?

MICAE. ¡Zalamero! No me queda ni una gorda. ¡Te lo juro por ti!

RAFA. *(Triste.)* Siempre crees que voy por lo mismo.

MICAE. *(Acariciándolo.)* ¡No, prenda, no! ¡Si sé que me quieres de verdá, rey mío!... Oye. Tiés a tu madre muy enfadá y con razón. A este paso lleváis la casa a la ruina. El negocio no da pa tanto.

RAFA. ¡Sermones, no, ama; sermones, no!... Pues ahora, prepárala. Mil pesetas que me prestó el Pelao vencen pasado mañana, y ya sabes cómo las gasta ese tío usurero.

MICAE. ¡La Paloma nos valga! No seré yo quien se lo diga... ¡Poderoso Señor, esto ya no tié fin! Esa pobre mujer va a tener que pedir limosna a la puerta de San Cayetano.

RAFA. ¡Basta! ¡Basta de romances! No se lo digas, que ya se entenderá ella con don Ursulo. *(Vase lateral derecha.)*

MICAE. ¡Pero estos chicos s'han emborrachao de va-

nidá y de señorío!... ¡Pero esto no pué ser!... Si quien tiene la culpa reventara como un triquitraque...

CELIA. *(Sale lateral izquierda.)* Cuanto más lo pienso, más convencía estoy de que esa señorita troná fué la del soplo.

MICAE. Te equivocas. La Dora está inocente de tóo. No fué ella la que os guipó hablando muy pololos debajo los soportales de la Plaza Mayor.

CELIA. Sería el caballo.

MICAE. Pué que aciertes.

CELIA. ¡Bueno! ¿Y qué me cuenta usté con eso? Me da la gana de hablar con quien se me antoje. ¿Qué pasa?

MICAE. Por mí, ya puén pasar carros y carretas, que un pito se me importa; pero si se llega a enterar tu señora madre que tiés relaciones con Felio, va haber toros y cañas.

CELIA. ¡Ole!

MICAE. ¿Pero qué l'has encontrao a ese chulo?

CELIA. ¡Tié música! Y, por último, le gusta a una servidora, que es a quien le tié que gustar en resumidas cuentas.

MICAE. ¡Pues vas apañá como hay Dios! Un matón que sólo tié labia pa engañar mujeres...

CELIA. De ese género son los que a mí me marean.

MICAE. Cuidao no te caigas.

CELIA. No hay miedo. Me los ha recetao un médico.

MICAE. Porque no sabe el buen señor que esos sinvergüenzas van al olor de las pesetas que ha ganado tu madre trabajando como una negra.

CELIA. ¡Me parece que mira usté con demasiá simpatía a mi Felio! Será recordando los desprecios que le dió al fenómeno de su hija, cuando andaba derretida por él.

MICAE. Si mi Lola estuviera aquí, ya te contestaría poniendo delante de tus ojos pruebas de tóo lo contrario.

CELIA. ¡Cartas falsificás!... Esa niña es un hacha pa discurrir fantasías moriscas.

MICAE. ¡Qué ruin eres!

CELIA. ¡No insultes, que insulto! Y como vaya con cuentos a mi madre, ya sabe cómo las gasto. Deje usted que cada cual se arregle a su manera, y métase en su camisa, señora.

MICAE. Te he visto nacer y no puedo consentir que te vayas enchulando por ese hombre que el buen corazón de la Galana metió en su casa, para que le robara su mejor tesoro.

CELIA. ¡No podemos tener pretendientes tan lucidos como ella!

MICAE. ¡Como que vale millones de veces más que vosotros!... Tú, una chula descará...

CELIA. En el riñón de barrios bajos nací. Tengo, pues, más de chula que de marquesa... ¡Si cree usté insultarme, m'ha puesto una corona!

MICAE. Tu hermanita salió del revés. Una señorita muy pulida, que se avergüenza de que su madre venda jamones y longanizas; y el otro día, porque no gasta sombrero como ella, hizo que no la veía en la calle.

LUCIA. *(Sale lateral izquierda. Va muy elegante.)* Bueno; me alegro. Soy como Dios me hizo. ¡Qué ordinariez se respira en esta casa! ¡Qué servicio más insoportable!

CELIA. *(A Micaela.)* La rabia que usté nos tiene, sabemos a qué es debida. Si le untaran de firme los que se acercan a nosotros, serían muy buenos y muy dignos.

LUCIA. Eso, eso mismito. ¡Por cuánto nos contribuís!

MICAE. ¿A mí? ¿A mí?

CELIA. ¡Si usté no ha hecho más que servir de tapadera toda su vida, señora! Y perdié el tiempo, porque a los hijos no nos dió la real gana que otro hombre viniera a ocupar el puesto de mi padre.

LUCIA. ¡El lugar que mi papá dejó vacante nadie lo reemplazará jamás!

MICAE. *(Furiosa.)* Porque a tu madre no se le sentó en la boca del estómago que lo ocuparan. Por

ero... por eso, y por ser demasiado buena y mirá con quien no lo merece.

CELIA. Con su deber cumplía.

LUCIA. Con su deber cumplía; sí, señora.

MICAE. ¡Mira el mono de imitación!

CELIA. Padre no hay más que uno.

LUCIA. Uno nada más. ¡Qué horror, tener padrastro!

MICAE. Arrejaos os dejó el verdadero, que en Gloria esté. El negocio por los suelos, podríos de deudas, desacreditao el nombre en el comercio... Escupir con orgullo, que motivos tenéis pa ello. ¡Apañas quedasteis, niñas!

CELIA. Como vuelva a pisotear la memoria del que está bajo tierra, le cruzo la cara.

LUCIA. ¡Descarada! Yo me quejaré a mamá, para que la despida ¡Pobre papá mío!

MICAE. *(Valiente.)* ¡Papá tuyo! Con él debíais haberos quedao, pa ir comiendo rancho por los cuarteles. ¡Delante de mí, no hay quien rebaje a vuestra madre, puñaetas!

CELIA. Como que l'ha matao a usté mucha hambre.

MICAE. Y por eso la pago con honradez y lealtá, lo que no hacen sus hijas.

LUCIA. *(Desde el foro.)* ¡Callar, que mamá entra en la tienda! ¡Por Dios, no armar la pelea de la otra noche, que aquellos gritos me horripilan!

MICAE. *(Aparte.)* ¡Si no se la merecen! ¡Si tós sus sacrificios se los pagan a coces!

GALA. *(Sale foro. Lleva un lazo negro. A Lucía.)* Dice Pelotilla que han traído un recao diciendo que luego vendrán tus amigas.

LUCIA. ¡Ya sé! Mis condiscípulas; las de Más de la Cabra y Nemesita, la sedera. Quieren felicitarme mi cumpleaños.

CELIA. Vaya una lata.

LUCIA. Yo no me meto con la gentuza que tú te tratas. Mis amigas de colegio son distinguidísimas y educadas. ¡En las damas blancas no entran más que niñas bien!

GALA. *(Aparte.)* ¡Si me arrepintiera tanto de nos

pecaos como de haberte llevao allí, me colaba en el cielo con zapatos y tó!

LUCIA. Oiga, señora Mica; esté al cuidado, por si suena el timbre del pasillo. ¡Es horrible que abra Ciriaca la puerta, vestida de ese modo!

CELIA. Hay que ponerle cofia.

GALA. Si no quieres que se luzca la paleta, que entren por la tienda.

LUCIA. ¡Oh, no! Me da vergüenza.

GALA. Pues gracias a esa tienda, t'has mal educao en las damas blancas y comes tós los días un plato de cocido. No me gusta que te trates con ese señorío, que te vuelve los sesos agua y te hace tonta de remate.

LUCIA. Manías de usted, mamá.

GALA. Lo de mamá, déjalo pa tus amistades. Pa la Galana, suena mejor ¡madre!, que es el nombre más hermoso del mundo.

LUCIA. Lo que usted mande. Quisiera pedirle un favor.

CELIA. Esa humildá ya me olía a mí a petición. ¡Qué fingío es este escuerzo modernista!

LUCIA. Dígala a Celia que no me llame escuerzo.

GALA. No le hagas caso. Bueno, ¿qué favor es ése?

LUCIA. *(Miedosa.)* Bibí me recomendó...

GALA. ¿Quién es Bibí?

LUCIA. La hermana de Quito.

GALA. ¿Y quién es Quito?

LUCIA. ¡Ma... madre, por Dios! Francisquito Más de la Cabra.

CELIA. ¡Qué apellido más gracioso y más señor!

GALA. *(Riendo.)* ¿Y qué quiere la Cabra?

CELIA. Hierba.

GALA. }
MICAE. } ¡Ja, ja, ja!

LUCIA. *(Furiosa.)* ¡Claro! Como le ríen sus insoportables gracias, esta chula se burla de todos.

GALA. No te enfades. Anda, dime qué desea la... condiscípula tuya.

LUCIA. Que tome de dama de compañía, alternando

con Bibí, a una señora muy distinguida venida a menos.

CELIA. ¿Y pa qué quiés tú ese estorbo, niña? Yo le llevo dao sola al tacón por tó Madrí, y nunca me pasó ná malo.

LUCIA. ¡Por Dios, no lo digas delante de ellos! Somos ricas y no podemos vivir como unas miserables.

GALA. ¿Como unas miserables? ¿Careces de algo, desvergonzada? ¿No te sobra de tó, haciendo pa ello más de lo que puedo?

CELIA. A esta niña se le salió el trole de su sitio.

MICAE. No quiso decirlo por mal. No se enfade, señora Galana.

GALA. ¡Nos ha jorobao esta señorita en adobo! ¿Sabéis lo que me hizo el otro día en la calle? Me volvió la cara y se puso colorá como un tomate, porque iba con ese rebaño de hambrientos, que Dios confunda.

CELIA. No la vería porque lleva la cloche encasquetá hasta los ojos.

GALA. Se avergonzó de su madre, porque llevaba mantón. ¡Puñales! Mantón, a mucha honra, y pañuelo anudao debajo la barba; pero muy orgullosa, porque con esas prendas he sabido amasar muchos miles de pesetas detrás de un mostrador, pa daros pan y zapatos, mientras que otras, que llevan el güito clavao en el cráneo, tién que pedir de limosna una plaza en el sanatorio de Valdelatas pa meter en él a sus hijos tísicos.

LUCIA. *(Llorando.)* ¡No la vi! Quito me dijo: Lulú, por allí pasa tu mamá, y ya iba usted de espaldas.

GALA. ¿Quién es Lulú?

CELIA. Algún chucho que tendrá la Bibí. ¡Guao! ¡Guao!

LUCIA. Soy yo. Lucía es muy cursi.

GALA. ¡Amos! Es más bonito llamarse nombre de perro que de persona. ¡Te daba así!...

LUCIA. Se conoce que tiene mal humor por sus cosas

y lo paga conmigo. Bueno, si vienen mis amigas, avisarme. *(Va hacia lateral izquierda.)*

GALA. Sí, como la otra tarde; a llenarse el buche de lonchas de jamón y pedazos de longaniza. Al pasar por la tienda se tapaban las narices diciendo que olía a cerdo; pero cuando les cayó el animal en el estómago, les sabía a gloria, según la prisa que se daban en el ñasque.

CELIA. ¡Son muy finas esas cabras señoras!

LUCIA. Bastante me sofoqué cuando apareció Ciriaca con aquella enorme fuente de embutidos. Ellas dan te.

CELIA. Que las cuesta diez céntimos y un real de azúcar. En esta casa no se toma esa tisana más que cuando nos duele el vientre.

LUCIA. Cada vez que hablan ustedes así, quisiera que se me tragara la tierra. Por su causa, conseguirán que me vea aislada.

GALA. Mira, vete, que te estampo este jarrón en los sesos. Anda pa tu cuarto, so idiota, que la culpa la tengo yo por no haberte educao como debía. No me hagas gestos. ¡Maldita sea tu estampa! *(Vase corriendo Lucía por lateral izquierda.)*

CELIA. Tié gracia.

GALA. La misma que tiés tú cuando te insolentas.

CELIA. ¡Ahuequen, que no está el horno pa pasteles, y conmigo no la emprende usté ahora! *(Vase lateral izquierda.)*

GALA. ¿Pero ha visto usté?

MICAE. ¡Tenga paciencia!

GALA. ¿Más aún?

MICAE. Si ellas no tién la culpa, sino quien las calienta la cabeza pa que hagan lo que hacen.

ESCENA II

Las mismas, Rafael, después *Pelotilla, Pedro, Dora, Celia* y *Micaela.*

RAFA. *(Sale lateral izquierda.)* ¿Qué tiene Lucía, que está llorando?

GALA. Una tristeza muy grande metida en el alma. Y tú, ¿qué has decidido por fin?

RAFA. Francamente, madre; a mí no me tira el comercio.

GALA. Lo que te tira a ti es una gansería que no pués con ella; y yo, mantener vagos, no mantengo.

RAFA. *(Sumiso.)* ¡Le sobra la razón! Lo comprendo. Pero no me puedo vencer. Cada vez que pienso que estoy viviendo a costa de su trabajo, me hago mil propósitos, que se vienen por tierra cuando los voy a llevar a la práctica.

MICAE. Considere que el pobrecito no lo pué remediar.

GALA. ¡Pa usté, un santo del cielo! Ya lo sabemos.

RAFA. Hace un momento se me ocurrió una solución para no serle gravoso.

GALA. ¿Cuála?

RAFA. ¿Qué le parece si me casara con Nemesita, la sedera? Sería un enorme sacrificio, pero es muy rica y su tutor lo vería con gusto.

MICAE. Mira, no está mal pensao. Ahí hay pasta en grande.

GALA. Y siendo un mozo fuerte y lleno de vida, ¿no te se cae la cara de vergüenza al pensar que sales de vivir a costa de una mujer pa entrar a vivir a costa de otra? Y tú, tan guapo y tan arrogante, por no inclinarte ante el trabajo, ¿te pegarías pa siempre a ese esperpento de niña, que tó lo que le sobra de pesetas le falta de hermosura? ¡Repacho! Vaya qué tres peanas he traído al mundo.

RAFA. ¡No todos sacan las disposiciones de usted!

GALA. ¡Qué cómodo es eso! Con decirlo, ya quedáis tranquilos, y que siga rodando el carro y yo

pagando cajeras, teniendo dos inutilidades de hijas, y yo manteniendo un encargao, que me roba hasta las pestañas, mientras mi niño se va a los cabaretes con pelandruscas que le comen bonitamente las pesetas amasás con el sudor de su madre.

RAFA. Eso son mentiras y chismes.

GALA. ¡Si me lo cuenta tó el mundo! Mira, niño; te lo piensas bien y decides el camino que vas a emprender, porque yo no suelto más pápiros, ni pago más cuentas de sastres y zapateros... Esta es mi última palabra, y el que no lo quiera así, que se busque por otro lao su madre gallega.

RAFA. *(Tendiendo mimoso la mano.)* ¡Bueno!, por última vez...

GALA. *(Más blanda.)* Dile a la Dora que te dé dos duros.

RAFA. ¡Madre, por la Virgen Santísima!

GALA. Aunque me aspen, no doy más.

RAFA. *(Besándola.)* ¡Qué poco espléndida está hoy la Galana!

MICAE. Suba usté un poquillo, que con diez pesetas en estos tiempos no hay ni pa alpiste.

GALA. Dile a la Dora que te dé cinco duros y vete, vete, porque a este paso, damos el baquetazo seguro... *(Vase Rafael por el foro.)* ¡Qué desconsuelo me da verlos así!

MICAE. El chico tié un fondo de oro. No se apure, que lleva su sangre en las venas, y ésa tié que brotar a la fuerza.

GALA. ¡Dios la oiga! Pero, ya voy perdiendo la esperanza... *(Mira su reloj.)* Ande, dígale a Pelotilla y al encargao que hagan el favor de venir.

MICAE. Piense que Pedro es muy bruto.

GALA. No me da miedo. ¡Se acabó! Ese ladrón no me roba a mí más. Ande, ande... *(Vase Micaela por el foro.)* ¡Qué vida! Siempre luchando con tó lo que me rodea. *(Sale por el foro,*

Pelotilla y Pedro, con los delantales de dependientes.)

PEDRO. ¿Me llama usté, señá Galana?

GALA. Pasen adelante. ¿Qué hay de aquello?

PEDRO. Pué que haciendo el balance más despacio, resulte que no falta esa cantidá.

GALA. El balance está estupendamente hecho por la señorita Dora, por mi sobrino Pelotilla y por mí, y como usté es el encargaó, usté responde.

PEDRO. ¡Eso, no; señora! En la tienda somos más dependientes.

GALA. Déjese de cuentos, Pedro. Yo no hablo por hablar; usté mantiene y pasa más dinero del que gana a una mujer de muy malas costumbres.

PEDRO. En la vida privá, no creo que nadie tenga derecho a meterse.

GALA. Pero cuando a esa vida privá se le llevan jamones, chorizos y longanizas que pertenecen a la mía, me da derecho a meterme en ella. Me parece a mí.

PEDRO. *(Mirando a Pelotilla.)* Aquí hay un chivato que le voy a retorcer la nuez.

PELOT. Dirija la vista hacia otro lao, señor Pedro; que un servidor está inocente de tó lo que sucede.

GALA. La señorita Dora le pagará el jornal de quince días, y desde mañana queda usté despedido de mi casa. En ese tiempo puede encontrar lugar donde colocarse.

PEDRO. ¡Señá Galana, que eso no se hace con un hombre como yo!...

GALA. Ni lo que usté ha hecho conmigo, se puede hacer con una mujer de mis condiciones... Hemos terminao.

PEDRO. ¡Yo sabré quién es el soplón y le quedará recuerdo, si le queda vida! *(Vase por el foro.)*

PELOT. ¡Estoy erizao! ¡Sospecha de mí! Si viera el miedo que pasé antes de anoche, cuando estaba escondido dentro del cajón del tocino rancio, viéndole dar por la reja del almacén los embutidos a su cómplice...

GALA. ¡Ladrón! Me hubiera dejao por puertas, si no acudimos a tiempo... Y de Ricardo, ¿sabes algo?...

PELOT. Seguro, no.

GALA. Pues vigílalo, porque ése también me huele a podrío... ¿De Felio, qué?

PELOT. A Felio nunca lo debió usté de tomar.

GALA. Si me lo trajo mi cuñao, diciendo que era un modelo de dependientes y de honradez...

PELOT. ¡Quién se fía del tío Usebio! Demasiado que lo conoce, pa no haberle hecho caso.

GALA. ¡Mira que da pena ver cómo se va por tierra un negocio tan hermoso!

PELOT. Si me permitiera hablar con la confianza de un sobrino que la quiere mucho...

GALA. ¡Ya sé lo que me vas a decir!

PELOT. Sí, tía; hay más salidas que ingresos. La cajera paga cuentas muy grandes. Mis primos se creen que la tienda da más de sí que lo que da, y no piensan en los gastos que tiene. ¡Tan brava que es pa las luchas de la vida, y tan reblandísima que es pa ellos!

GALA. ¡Tiés razón!

PELOT. Además, el ejemplo del encargado hizo mucho mal a la dependencia. De seguir por este camino...

GALA. *(Furiosa.)* Terminalo de decir. ¡La ruina! ¿Pero es que tós me engañan? ¿Pero es que sólo sirvo pa mantener una reata de imbéciles, de vagos y de ladrones? ¿Pero es que mi sino es ser la bestia de carga y que me lo paguen a latigazos?

PELOT. No se exalte, que Dios proveerá.

GALA. Tú eres el único fiel y bueno que tengo a mi lao.

PELOT. Y la señorita Dora, tía. ¡Esa es oro purísimo!

GALA. Sí que es muy honrá. ¡Vale mucho!

PELOT. Con su permiso, me voy a cerrar la tienda, y a seguir vigilando.

GALA. A Pedro dile a todo amén. Mira que es muy

bruto y pué arrearte algún guantazo de despedida...

PELOT. No pase cuidao; me arrimaré poco a él.

GALA. Tráeme la llave del almacén, que esta noche dormiré con ella.

PELOT. ¡Así, bien agarrá! El diablo se metió dentro de la casa, y el diablo siempre deja rastro de su paso, como dice mi primo el fraile. *(Vase por el foro.)*

DORA. *(Sale por el foro.)* Buenas tardes.

GALA. ¡Hola, Dorita! ¿Dejó bien cerrá la caja?

DORA. Sí, señora. Ya apunté las cien pesetas que le di a Rafael por orden de usted.

GALA. *(Secándose una lágrima con rabia.)* ¡Está bien! Pero no vuelva a dar ná, aunque digan que van de parte mía. ¡Esto se acabó!

DORA. ¡No llore! Si yo pudiera aliviar en algo su pena... ¡Merece tanto!

GALA. Y tan mal que me pagan...

DORA. Siento una gran admiración por usted. Como la siento hacia toda la mujer fuerte que saca a flote su casa, que mantiene y educa sus hijos.

GALA. Mantenerlos, sí que los mantengo muy bien. ¡Pero, educarlos!... Esa es harina de otro costal, Dorita.

DORA. No se aflija, que ellos se enmendarán.

GALA. Pues no sé pa cuándo lo dejan. ¿Venía usté a decirme alguna cosa?

DORA. *(Confusa.)* Vengo a despedirme... Abandono mi puesto.

GALA. ¿Y eso por qué? ¿La ofendimos en algo? A posta no ha sido, se lo juro.

DORA. No, no es eso. Es que llega mi papá del Brasil.

GALA. ¡Ah, vamos! Viene rico... Si es por eso, me alegro por usté y lo siento por mí.

DORA. Viene tan pobre como cuando se fué.

GALA. Pues entonces, lo entiendo menos. Aquí tié usté un buen sueldo, pa lo que pagan el trabajo de las mujeres, se entiende. Está consi-

derá... Si quiere, puedo aumentarle alguna cosilla...

DORA. No, no... Se lo agradezco... *(Se echa a llorar.)*

GALA. Amos, criatura, no se ponga así y hable claro.

DORA. En el balance hecho anoche falta mucho dinero.

GALA. Sé quién es; por eso no se apure.

DORA. Pero él se defiende, niega su culpa, soltando indirectas muy mortificantes.

GALA. ¿Y a usté que le importa? Además, mañana ya no vuelve... Vamos, olvídese de eso, y cuénteme de su padre. ¿Por qué la dejó en España, solita? ¡La de tós los emigrantes! Les parece que en aquellas tierras van a coger el cielo con las manos, y vuelven peor que s'han ido. ¿En qué trabajaba aquí?

DORA. Era abogado.

GALA. ¡Pobre señor! En esas carreras se sabe mucho de letra, pero se come poco. ¿Y se fué así, sin más ni más, dejando a una hija tan preciosa expuesta a todas las barbaridades? ¡Qué hombres! ¡El mejor, pa ahorcarlo!

DORA. Papá es bueno. ¡Muy bueno!

GALA. Pero las abandonó.

DORA. Fué preciso que se marchara. ¡Mamá murió adorándolo! Mi hermano, lo mismo.

GALA. Y al quedar sola, ¿por qué no se la llevó a su lao?

DORA. En un país desconocido, sin orientación fija... y siempre esperando poder volver... Me recogió una tía muy anciana, y ella hizo conmigo las veces de madre.

GALA. ¡Misterios de las familias! Pero, ¡amos! que en toa esa relación no veo el motivo pa dejarme... Y tú no te vas, ¡repacho! Apañá tengo yo la casa pa que me abandones. ¡Con la ley que t'he tomao! *(La acaricia.)*

DORA. *(Llorando.)* ¡Qué buena es usted! ¡Qué emoción me hacen sentir sus caricias!... ¡Tantos años sin ellas!... ¡Ay, mamá! ¡Mamita de mi alma!

GALA. Amos, calla; que me haces llorar a mí también. ¡En el cielo la tendrás pidiendo por su hija! Ahora, al lao de tu padre, serás feliz, y si te quiere sacar de mi lao, yo le convenceré. ¡Pues no faltaba más!

CELIA. *(Desde lateral izquierda.)* ¿Es secreto lo que se habla?

GALA. Lo que me cuenta pué pregonarlo en mitá la calle.

CELIA. Mientras no sean chismes que perjudiquen a los demás, tó va bien.

DORA. ¿Qué motivos tienes para que pienses eso de mí?

CELIA. Piensa mal y acertarás.

GALA. No la hagas caso, Dorita.

DORA. Con su permiso, voy a terminar de hacer el recuento. *(Vase foro, llorando.)*

GALA. L'has tomao con esta pobre chica, que ningún mal t'ha hecho.

CELIA. Eso no lo sabemos. Pero que no se meta conmigo, porque cualquier día la arreo.

GALA. ¡Qué descará eres!

CELIA. Salgo a mi agüela.

GALA. ¡Las ganas!

CELIA. Pues en el mercao cuentan y no acaban de las hazañas de su señora madre, que en paz descanse.

GALA. Aquello era una hembra trabajadora y castiza, que no consentía que ni una mosca se le posara encima. Tú, una galocha desvergonzá que no sabes dónde tiés la mano derecha.

CELIA. No me trate con tanto mimo, mamaíta.

GALA. Con el que te mereces. ¿Aónde vas a estas horas?

CELIA. A cá la Morena, que dicen que ha traido unas medias, pasás de contrabando, que quitan el hipo de bonitas.

GALA. ¡No seas prima! Cómpratelas por docenas, como la otra vez, y el que venga detrás que arree. La cuenta pués decirle que pase por el

Banco Urquijo pa hacerla efectiva... ¡Nos han revacunao estos niñitos!

CELIA. Bien paga usté las de los otros... ¡Yo siempre soy la más pisoteá! Aquí hay que volverse señorita a la fuerza.

GALA. Pues cambia de disco y ya verás qué bien te va.

CELIA. Hasta luego, y a ver si está más humanizá a la vuelta.

GALA. Oye, nena; cuidadito con quién se habla, porque si algún chulo goloso se te acerca al olor de mis pesetas, dile que se limpie.

CELIA. ¡Cuando yo digo que hay que arrearle candela a la cajerita!... *(Vase lateral derecha.)*

MICAE. *(Sale lateral derecha.)* Ahí tié usté al enredante de su cuñao *(Vase lateral izquierda.)*

ESCENA III

Galana, Eusebio, después *Lucía, Quito, Bibi, Nemesia, Homobona, Pelotilla, Rafael* y *Dora.*

EUSE. *(Sale lateral derecha.)* ¡Hola, Galana!

GALA. ¡Hola, Eusebio! Siéntate, si quieres.

EUSE. *(Violento.)* ¡Qué días están haciendo!

GALA. Hermosísimos... Pero tú no vienes sólo como calendario; tú te traes algo embuchao y no sabes cómo soltarlo.

EUSE. Me figuro que ya te habrán dicho los chicos...

GALA. Ni una palabra. ¿De qué se trata?

EUSE. Empiezo por exponerte que me cuesta dar este paso.

GALA. ¡Ay, hijo, revienta de una vez!

EUSE. Pues, verás, claramente, pa terminar. La idea de mis sobrinos es que realices el negocio y pases a vivir de renta.

GALA. ¿Aconsejaos por ti, verdad?

EUSE. No, no; de ninguna manera. Eso sólo salió de Lucía y Rafael. Lo único que yo puedo ofrecerte, por mi parte, es tomar el traspaso en las mejores condiciones para ti.

GALA. ¡Bravo! Otro que barre pa dentro.

EUSE. Oye, tú... que yo...

GALA. Tú, como tós... Mira: a esos imbéciles, les dices de mi parte, que si les da vergüenza mi trabajo ya puén tomar soleta, yéndose con su señorío a pisar con el contrafuerte, y a ti, te digo en tus narices, que si quiés gangas, te vayas al Congo por ellas. ¡Ya estoy harta de tanta gentuza!

EUSE. ¡Eh, tú! Nada de epítetos injuriosos, que a ti nadie t'ha faltao. Al fin y al cabo, pido lo mío; la jamonería la fundaron mis padres.

GALA. ¡Pero qué charranes sois tós los de tu pinturera casta! ¿Y no te pagamos tu parte con los dineros de mi madre?... ¿Y no me dejó tu hermanito la tienda arruiná y tirao por los suelos el crédito?... ¡Contesta, so fresco, contesta a eso!

EUSE. Estas chulas parecen fieras.

GALA. Estas chulas tién su alma en su armario y saltan cuando se las hurga! ¿Qué te crees tú, que ibas a venir ahora a explotar la mina con tus manos lavás?... ¡Guay!

EUSE. Sé de muy buena tinta que el negocio no está tan floreciente como tú lo pintas.

GALA. Me alegro. Esté como esté, ná te pido.

EUSE. *(Con amor.)* ¡No te enfades! Nunca hubieran llegado las cosas a este extremo si me hubieras hecho caso cuando...

GALA. Querías ocupar el puesto que tu hermano dejó vacante. ¡Nanay!

EUSE. Te quise antes que él. Bien lo sabes.

GALA. Buen pendonazo estás tú hecho.

EUSE. Eres la mujer que más m'ha gustao en el mundo.

GALA. No pongas esos ojos, que estás muy feo.

EUSE. No pierdo la esperanza de...

GALA. Quita de ahí, vivales, que pa muestra me bastó un botón. No tié una ganas de reír y se ríe.

LUCIA. *(Desde lateral derecha.)* Pasad, niñas, pasad... ¡Hola, tío! *(Lo besa. Bajo.)* ¿Habló de aque-

llo? *(Entran Nemesita, Bibí, Homobona y Quito.)*

EUSE. *(Bajo.)* No quiere de ninguna manera.

LUCIA. ¡Qué rabia! Tengo el gusto de presentaros a mi tío Eusebio Picocorbo, distinguido viajante de bisutería. Mis amiguitas, Bibí Más de la Cabra y Nemesita Bobina, la dueña del Carrete de Oro. Quito, el hermano de Bibí, campeón de bicicleta, de fútbol y gran nadador en piscina... Doña Homobona Gazuza, la dama de compañía que antes le habié a usted. Mi mamá... *(Todos se saludan.)*

HOMOB. Tanto gusto, señora. Me veré favorecidísima acompañando a la angelical Lulú.

GALA. Las favorecidas seremos la Lulú y la Gagá... La Gagá soy yo, ¿sabe usted?

HOMOB. ¡Qué bonito diminutivo!

GALA. En esta casa somos muy graciosos pa eso de achicar nombres, señá Homobona... Bueno, chiquillas, francamente, ¿queréis tomar algo?

BIBI. El jamón del otro día nos dejó gratos recuerdos. Era exquisito.

QUITO. ¡Pues la longaniza estaba cañón!

GALA. Y pa eso decía la mema de mi hija que preferíais aguas cocidas a unas buenas lonchas del serrano.

BIBI. ¡Qué disparate!

NEMES. ¡Que se repita... que se repita!

GALA. ¡Cosas que se peguen al riñón! ¿Verdad, chiquillos? Las finolerías pa el gato.

HOMOB. Pa el gato, doña Gagá. Estoy completamente de acuerdo con usted.

NEMES. Mi tutor, todo el embutido que compra es de su tienda.

GALA. Gracias, hija. Yo también mando a la vuestra por tós los carretes y las agujas que gastamos en casa. Mirad, ahí tenéis al pollo. Si queréis podéis armar una miaja de reunión pa divertiros.

RAFA. *(Sale lateral derecha.)* ¡Hola, niñas! ¡Qué grata sorpresa! *(Se saludan.)*

GALA. *(Desde el foro.)* Dora... Pelotilla... Venir paquí, que están las chicas reunidas. Dejar eso pa luego... Yo me voy a preparar la manduca. *(Vase lateral izquierda.)*

EUSE. ¡Qué buen humor tiene vuestra madre!

LUCIA. A ratos, tío, a ratos.

NEMES. *(A Rafael.)* Venga usted aquí, pillastrón... que ya nos ha dicho un pajarito que estás muy enamorado. *(Hablan bajo.)*

QUITO. *(A Lucía.)* Estás pa comerte a bocados, chiquilla.

LUCIA. ¡Qué miedo!

QUITO. Bestialmente bonita. No pararé hasta que nos enganchen juntos.

LUCIA. ¡Qué modernista manera de declararse! ¡Me tienes pocha, Quito! *(Hablan bajo.)*

EUSE. *(A Homobona.)* Sí que me suena su apellido... ¡Gazuza!

HOMOB. Entre los de nuestra clase, ¿quién no lo conoce, caballero?

NEMES. Juguemos a prendas... juguemos a prendas.

RAFA. Prefiero oírte cantar.

LUCIA. Sí, sí... Mire usted, tío, tiene una voz que es una ilusión, un sueño.

EUSE. Encantado de escucharla.

NEMES. Me ruborizan ustedes. No hay quien me acompañe.

RAFA. Ya verás tú qué pronto. *(Desde el foro.)* Dora, Dorita... ven con nosotros.

LUCIA. Toca divinamente el piano.

DORA. *(Sale con Pelotilla.)* No venía antes porque estaba terminando las cuentas. *(Saluda a las muchachas.)*

RAFA. ¿Quieres hacer el favor de acompañar a Nemesita una de sus canciones?

DORA. *(Sentándose.)* Con mucho gusto. *(Lucía coloca la pieza en el atril.)*

NEMES. Dispénsenme si me sale mal. Hoy estoy muy fatal de voz. *(Canta.)*

ESCENA IV

Los mismos, Pablo, Micaela, Galana, Ciriaca, Felio y Celia.

MICAE. *(Sale lateral derecha, con Pablo.)* Esa señorita que toca el piano, es.

PABLO. ¡Dora! ¡Hija mía!

DORA. ¡Padre de mi alma! *(Se abrazan.)*

LUCIA. *(A Quito y Bibi.)* ¡Jesús, qué padre más raro!

GALA. *(Sale lateral izquierda, seguida de Ciriaca, que lleva una bandeja.)* Aquí está la jalancia, caballeros. *(Ciriaca deja la bandeja sobre la camilla, y Bibi, Quito y Homobona, comen con gran apetito panecillos con jamón.)*

PABLO. Perdón, señores. He venido a interrumpir su alegría... ¡Llevaba muchos años sin verla! No tuve paciencia para aguardarla en casa. ¡Qué hermosa está! *(La besa febrilmente.)*

DORA. Señora Galana, ¡mi padre! *(Acariciándolo.)* ¡Pobrecito mío! ¡Para siempre a mi lado!

GALA. *(Tendiéndole la mano.)* Tanto gusto en conocerlo. Tiene usted una hija que vale muchísimo. Yo la quiero como si fuera mía... Pero, tome asiento.

PABLO. ¡Cómo agradecerle sus bondades! Los suyos buenos, ¿verdad? Rafael... Celia... Lucía... la buena Micaela... A todos los conozco. ¡En mi soledad, vivía entre ustedes!

GALA. No hablemos de lo pasao. Ahora a vivir con su Dorita y a ser feliz.

PABLO. ¡Qué bellos sentimientos tiene usted! Si me permite, voy un momento al automóvil que me trajo. En él dejé unos modestos regalitos. Son como aquellos que te envié a ti, Dorita.

GALA. ¿Pa qué s'ha molestao, señor?...

PABLO. Pablo Moner, para servirla.

DORA. *(Violenta.)* Otro día se los darás, papaíto, otro día. Ahora vamos a casa a arreglarte... Anda, vamos. Te lo suplico.

PABLO. Es verdad. Estoy impresentable. Dispénseme usted, señora. Con mi afán de abrazarla vine directamente de la estación.

GALA. ¡Pues no faltaba más! Hizo muy bien. Los regalitos ésos ya nos los dará cuando esté tranquilo. *(Hablan bajo los tres.)*

EUSE. *(A Rafael.)* ¡Qué misterioso es este hombre!

RAFA. Muy raro.

LUCIA. Me da miedo.

DORA. ¿Nos vamos, papá?

PABLO. Tan dulcemente que se está aquí... ¡Un hogar! ¡Qué hermoso es un hogar, hija mía!

FELIO. *(Sale lateral derecha.)* Buenas tardes, señores.

PELOT. *(Aparte.)* ¿Qué querrá éste a estas horas?

RAFA. ¡Hola, Felio!

GALA. ¿Ocurre alguna novedá?

FELIO. Usté perdonará, señora Galana, pero antes de que otro se adelante, vengo a pedirle el puesto que Pedro dejó vacante. Tengo condiciones para ocuparlo.

GALA. Ese puesto no pué ser pa usté, Felio.

FELIO. ¿Se pué saber por qué?

RAFA. Me parece que ésta no es la hora más a proposito para tratar de esos asuntos.

FELIO. Es que va a venir el otro dependiente a pedirlo y quiero ser yo el primero.

GALA. Tampoco será pa Ricardo.

FELIO. *(Mirando a Dora.)* Entre nosotros hay una lengua que merecía ser quemá, por chismosa y enredadora.

DORA. No tiene usted motivos para dirigirse a mí.

FELIO. ¡Si fuera usté un hombre!...

EUSE. Calma, Felio, calma; no te dejes llevar de tu genio.

PABLO. Un hombre soy yo. ¿Qué desea?

RAFA. *(A Felio.)* Eres muy bruto.

FELIO. ¡Pa qué se mete donde no le llaman!

CELIA. *(Desde lateral derecha a Dora.)* Ya pués estar satisfecha, niña. Mira el resultado que dieron tus chismes.

DORA. *(Llorando.)* ¡Jamás mi boca se abre para ir en contra de nadie!

CELIA. ¡Mentirosa!

PABLO. Mi hija es incapaz de una fea acción. Es usted muy cruel maltratándola así, señorita.

DORA. Vámonos, papá. ¡Por Dios te lo pido!

GALA. *(A Felio.)* Desde este momento queda usté despedido de mi casa.

CELIA. *(Furiosa.)* Que se vaya esa enredanta también.

GALA. ¿Quién eres tú pa disponer donde no te llaman?

CELIA. La justicia debe ser pa tós igual.

PABLO. *(A la Galana.)* Señora, nada sé de lo que ocurre, pero desde luego, tengo la certeza de que a usted le asiste la razón y de que mi hija se portó correctamente en su casa.

DORA. Puede disponer de mi empleo desde mañana mismo.

GALA. Tú te quedas, y para tu padre hay un sitio vacante si lo quiere ocupar.

PABLO. ¿Yo?

GALA. Usté. El de encargao, que acabo de quitar a Pedro.

CELIA. Madre, no haga usté eso.

RAFA. ¡Madre!

EUSE. ¡Galana!

GALA. ¡A callar tó el mundo! En mi casa mando yo... Dorita seguirá de cajera, y desde hoy, el señor Pablo, será mi encargao, y el que chiste, el que replique lo más mínimo, por esa puerta se va a la calle. ¡Aquí no hay más ama y señora que yo! ¡Recontra!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el primero.

ESCENA I

Celia, Felio, después *Pablo.*

FELIO. ¡No me digas que me calle! Llevo el rencor metío en el alma y delante de ti tengo que darle suelta.

CELIA. Pues si no es por el señor Pablo, no estarías en casa. Demasiao sabes que por sus ruegos te volvió a tomar mi madre.

FELIO. ¡Yo lo que tú quieras, pero la presencia de ese hombre me saca de tino! Manda y gobierna como si fuera el amo.

CELIA. ¡Buen zafarrancho habíais armao entre tós cuando él entró! Así como pa que fuéramos tomando vez pa entrar en el palacio de las Yeserías.

FELIO. Oye, niña, que yo no robo a nadie.

CELIA. ¡Nadie te llamó ladrón pa que te exaltes d'esa manera!

FELIO. Amos a lo nuestro. ¿Pensaste bien sobre lo que ayer hablamos?

CELIA. Pensao está. Yo no me voy a vivir malamente con un hombre, pudiendo irme con la ley de Dios.

FELIO. ¡Dí que no me quieres! Cuando hay cariño no se mira na. Habla claro.

CELIA. Más claro que el chorro de una fuente va a ir. ¿Por qué te escondes? ¿Por qué no quieres que se sepan nuestras relaciones, teniendo que ocultarlas a la luz del sol como si fueran un crimen? ¿Por qué no vas con la bandera desplegá junto a mi madre, y le dices: "Quiero a su hija; soy un hombre honrao, y la haré feliz"?

FELIO. Porque tu madre me tié ojeriza y le pareceria

poco pa ti. De la otra manera no hay luchas.

CELIA. ¡Si no las habrá! ¿Estarías en su casa si esa ojeriza fuera cierta?... Me diría lo que le dijo a mi hermana: "Esa boda es un disparate; las vas a pasar muy negras." Pero el que se muere a gusto hasta la muerte le sabe. Al terminar de decir esto se echó a llorar con mucha pena, pero la Lucía se casa con el fantoche de Quito.

FELIO. ¡Claro, como que esa niña romántica la amenazó con envenenarse con sublimao!

CELIA. Y yo con tirarme contigo por el Viaducto pa que nos entierren juntos. ¡Por eso no te apures!

FELIO. *(Amoroso.)* Bueno. Nos casaremos con el cura delante, chavala.

CELIA. *(Amorosa.)* ¡Así, con todas las de la ley! ¿A qué fantasías moriscas, si se pué entrar por derecho? Mira, chiquillo de mi alma, yo seré muy descará, muy chula, como dice la fama; pero en el fondo, honrá como la primera. ¡Po quito orgullosa que entrará tu Celia en la Paloma, vestía de negro, con su mantilla de blonda y sus flores de azahar prendias en el pecho! Porque yo me caso así, bien castiza; con tó el lujo que quieras, pero a nuestro estilo, como se casó mi agüelo y mi madre. La Lulú va disfrazá de señorita. ¡Se emborrachó la pobre con Marie Brizard! ¡Nosotros de Arganda y de Valdepeñas!

FELIO. ¡Olé la chulona más castiza de la Latina!... Si yo por mi negra soy capaz de tó...

CELIA. ¿Cuándo le brindas el lujo a la Galana?

FELIO. Francamente, chiquilla, estoy *apré*... ¡No me queda este mes ni una peseta pa hacer cantar a un ciego, y como comprenderás, no voy a pedir tu blanca mano con las mías vacías!...

CELIA. No te apures. Yo tengo mil alfonsas ahorrás. Compras una pulsera y quedas mismamente como el Duque de Alba.

FELIO. ¡Mujer, no sé si debo...!

CELIA. ¡A callar! ¿No vas a ser mi marido? Pues en-

tre marido y mujer no hay más que un bolsillo pa los dos.

FELIO. *(Muy amoroso.)* M'has llenao el corazón de una felicidá muy grande! Tó el miedo que tenía se m'ha quitao... ¡Venga ya lo que quiera, que si tú estás a mi favor, ná de ná se me importa! Con mi nena de la mano desafío al mundo entero.

CELIA. ¡Cómo sabes hacerte de querer, arrastrao!... ¡Cómo m'has metío el alma en un puño!

FELIO. *(Pablo escucha esto desde el foro.)* ¿Y tú? ¿No m'has deslumbrao a mí dejándome ciego?

PABLO. *(Sale a escena.)* ¡Eso! Ciego, pa no ver la miseria y el abandono de una pobre mujer y de tres hijos que tiene usted con ella.

CELIA. ¡Casao!... ¿Tú, casao?

FELIO. Ese hombre miente. Te lo juro por mi madre.

PABLO. Porque no tiene corazón; porque no siente el deber, ni la dignidad; porque engañó a una infeliz con falsas promesas, y cuando tuvo con ella tres criaturas la abandonó. ¡Moralmente está usted casado! Me parece a mí.

CELIA. ¡Anda, defiéndete, sinvergüenza; defiéndete si tiés coraje!

FELIO. ¿Quién es usté que se mete siempre en mi camino? Dos veces me interrumpió el paso. ¡Veremos si puedo interrumpirle el suyo algún día!

CELIA. Entonces, ¿es verdá tó eso?... ¡Y querías hacer conmigo lo mismo!... ¡Cobarde!

PABLO. Sí, Celia, sí. El otro día conocimos a su amante... a su mujer, mejor dicho. Está enferma de tanto sufrir. Es una mártir que fué engañada con promesas de casamiento, para sacarla de una familia decente como la de usted. Vive en la misma casita que yo vivo. ¡Casualidades del destino!

CELIA. ¡Pero qué falso eres!... Pa mí has terminao pa siempre.

FELIO. Me llevas muy metío en el corazón pa soltarme.

CELIA. Sabré hacerlo añicos antes que ceder.

PABLO. Creo que lo más prudente es que nadie se entere de todo esto. Para su madre sería un enorme disgusto, que hay que evitar. Usted dentro de dos o tres días, con cualquier pretexto, deja buenamente su cargo, y cada cual que siga su camino.

FELIO. ¡Eso!, irnos tós; y que el padre y la hija manden y gobiernen en casa de la Galana... Saltó Pedro, después Ricardo.. ahora que salte yo. ¡Bravo! ¡Tó pa ellos!.. Buena jugada, señor Pablo, buena jugada.

PABLO. Es usted un insolente.

FELIO. Insolente porque digo verdades.

PABLO. Si no fuera que respeto la casa donde me dan el pan, aquí mismo, delante de una mujer, le daría una lección bien dada.

CELIA. ¡Falso! ¡Más que falso!

FELIO. Escucha...

CELIA. No te acerques, que te cruzo la cara. Cumple con la madre de tus hijos, como es tu obligación, y vete pa siempre de mi vista.

FELIO. *(A Pablo.)* ¡Le juro por éstas que me he de vengar!

PABLO. *(Dominándose.)* ¡Váyase tranquilo! La Galana debe de ignorarlo y lo ignorará. Yo, por mi parte, olvidando ofensas hechas en un momento de arrebato, prometo silencio.

FELIO. *(Reconcentrado.)* De usté no quiero ni la gloria. Tó mi afán es vernos a solas las caras.

PABLO. Para eso estoy a su disposición donde me indique, menos en esta casa.

FELIO. Las cartas quedan sobre la mesa, señor Pablo. ¡Veremos quién gana la jugada! *(Vase por foro.)*

CELIA. ¿Pero es verdá?... ¿Pero es cierto lo de esa mujer?

PABLO. ¿Y si no lo fuera, iba yo a decirlo y él a no protestar? Vive con sus hijitos en la miseria. ¡Una desgraciada que no le quedan fuerzas ni para quejarse!... ¡Pero, por la Virgen Santísi-

ma, cálmese! *(La sujeta las manos.)* ¡Que se va a hacer daño, criatura!... Mire que su madre no tardará en llegar, y sería muy cruel para ella todo esto después del disgusto que tiene con la boda de su hermana.

CELIA. ¡Quién la oiría!... Por Dios, que no lo sepan. ¡Se burlarían de mí!

PABLO. No lo sabrán, se lo prometo... ¡Qué nerviosa está! Váyase a su habitación y dígale a Micaela que le dé una taza de tila con azahar... Ande, hija mía, ande.

CELIA. ¡Maldita sea la hora que lo conocí! ¡Maldita sea su casta!... ¡Así se muera de una mala puñalá que le den en mitá el corazón!... Pero ¿qué m'ha dao ese canalla, que ahora lo quiero más que antes!... Pero ¿qué ha hecho conmigo pa volverme tan loca? *(Vase llorando lateral izquierda.)*

PABLO. ¡Pobres mujeres!

ESCENA II

Pablo, Lucía, después *Galana* y *Micaela.*

LUCIA. *(Sale lateral derecha.)* ¿No volvió mamá? ¿No? Venía a enseñarle el figurín que me envía mi suegra para que vea el traje de novia que eligió para mí. ¡Es una idealidad!

PABLO. *(Mirándolo.)* ¡Qué poca tela se necesita!

LUCIA. ¡Poquísima! Los pijamas que escogimos esta mañana en casa de Matacas, son un sueño.

PABLO. ¡Matacas!, me suena, pero no caigo.

LUCIA. ¡Por Dios, señor Pablo! Es la tienda más *chic* para la ropa interior.

PABLO. ¡Angela María! Ya decía yo que me sonaba. Vaya unos pijamitas que habrán salido de las artísticas manos de Matacas... Es el rey de los costureros.

LUCIA. ¡Colosal! Escogí uno de encajes de hilo de oro, y para hacer juego, una gorrita de malla bor-

dada con unas piedras falsas que parecen finas, así de gordas.

PABLO. ¡Qué comodidad para dormir!

LUCIA. Mamá quería que llevara camisas de noche... camisones, como ella les llama. ¡Bibí se horrorizó cuando se lo conté!

PABLO. De acuerdo con Bibí. ¡Qué horror, una señora con camisón!

LUCIA. Yo sufro lo indecible cuando mamá y Celia hablan delante de mi futura familia. ¡Degüellan el castellano diciendo ordinarieces que me hacen sudar de angustia! ¡Es tan distinta su educación a la de ellas!

PABLO. Las Más de la Cabra son exquisitas en su trato.

LUCIA. Pues mire, se pagan en igual moneda; porque mamá Polín, como llaman sus íntimos a mi suegra, dice que es usted simpatiquísimo, y que bajo la prosaica corteza de un tendero, hay una persona muy correcta, todo un "chentleman"...

PABLO. "¡Zanquiur!"

LUCIA. Oiga, cuando usted se casó, ¿cómo iba la novia?

PABLO. ¡Hace tanto tiempo!... Pero, desde luego, puedo afirmarle que muy modesta y recatada.

LUCIA. ¡Las modas cambian muchísimo! *(Suena el teléfono.)* ¡Ay, el teléfono!... ¡Qué prisas!... ¡Aló! ¡Aló!... Lulú en cuerpo y alma... Bueno, tu sardinita... Sí, precioso; un modelo que quita el sentido... ¿Escogido por mamá Polín? ¡Ya se conoce!... ¿Que estás en el pesebre? ¡Por Dios, no comas tantos cangrejos como el otro día!... No, la fiera corrupia aún no volvió de la calle... Sólo lo ha visto la pantera de Java y me tiró el figurín a la cabeza, diciendo que era una indecencia... ¿Una bestia? Conformes... Completamente de acuerdo... ¿Tú con traje de baño? ¡Qué gracioso y qué fresco!... Bueno, hasta luego... ¡Chico, que te oirán en el café!... ¿Ahora yo? No puedo... Hay moros en la cos-

ta... *(Suena un ronquido de Pablo.)* ¿Que les den un tiro? ¡Son moros de paz! Ahí va el mío. *(Besa.)* ¡Burro! Me sofocas. Ven pronto... Siguen los regalos... Adiós, cachorro... Es Quito, que está de muy buen humor.

PABLO. Será curioso oírlo cuando esté de malo... ¿Quién es la fiera corrupia?

LUCIA. Mamá. A todos los de casa nos llama con nombres de animales, discurridos por él. A mamá, fiera corrupia; a Celia, pantera de Java; a Rafael, ganso del Capitolio; a tío Eusebio, camaleón; a Pelotilla, pájaro bobo; y a mí, sardina.

PABLO. Vamos, convirtió la jamonería en el Arca de Noé, donde él tiene pase por su ilustre apellido... ¡Muy original! Unos motes delicadísimos para esta digna familia.

LUCIA. No la puede tragar. Dice que son muy ordinarios.

PABLO. ¡Claro! Comparados con él, ¿quién no lo resulta?

LUCIA. Lo primero que me exige al casarme, es que abrevie mi apellido; en vez de Lucía Picocorbo, pondré en mis tarjetas Lulú Pico de Más de la Cabra... Qué bien suena, ¿verdad?

CIRIA. *(Sale lateral derecha.)* Esto han traído pa usté.

PABLO. ¡Caramba, qué elegante está Ciriaca!

CIRIA. M'ha vestío así mi señorita Lulú, pa que reciba los regalos de boda.

LUCIA. De paleta me atacaba los nervios... Una cajita de manicura... ¡De las de Berruguete! *(Tira la tarjeta con desprecio.)*

CIRIA. ¡Arrea! Pues dicen que tié mala sombra regalar cosas de corte...

LUCIA. ¡Estúpida! Vete al pasillo por si vuelven a llamar. *(Vase Ciriaca, lateral derecha.)* Ya está ahí mi madre.

GALA. *(Sale, foro.)* En esos Bancos se pasa una las horas muertas esperando turno... ¿Pero cómo

vas vestida? ¡Qué escándalo! Si te se cae el pañuelo... ¡Mi madre, qué espectáculo!

LUCIA. Es la moda. Bibí aún va más corta.

GALA. Esa niña pué ir como se le antoje y le permita el esperpento de su mamá; pero tú, mientras estés a mi lao, irás como a mí me dé la real gana.

LUCIA. ¿Quiere usted ver el figurín que elegimos para el traje de novia?... ¡Es elegantísimo! "Le dernier cri".

GALA. *(Mirándolo.)* Oye, ese gri querrá decir en cristiano que es un grito de espanto, por la indecencia del tal trajecito... Mire, señor Pablo, mire si no es pa morirse de vergüenza. Escotao hasta el estómago, la manga corta, la falda por la rodilla... ¿Pero esto es pa casarse como Dios manda o pa cantar un cuplé en Martín?

LUCIA. ¡Usted querría que fuera con un sayal como una monja!

GALA. Quiero que vayas como debes, y ya pués escoger otro, porque con ése no te casas. ¡Se acabó!

LUCIA. *(Llorando.)* ¡Qué martirio!

GALA. A la pobre Ciriaca me la has vestido de doncella de opereta... El novio quería ir de futbolista a la iglesia...

PABLO. Otra originalidad del pollo. ¡Ese muchacho es genial!

GALA. Pues no falta más que usté les diga eso pa que un día los metan en Leganés. ¡Me tién frita la sangre entre unos y otros!... ¡Tengo unas ganas de terminar!...

LUCIA. Y yo.

GALA. Las veces que te has de roer los puños de rabia al ver lo que has perdío y adónde fuiste a parar...

LUCIA. ¡Cuándo llegará ese día! *(Vase lateral izquierda.)*

PABLO. Es una niña.

GALA. Es una idiota... Mire, he sacao veinte mil pe-

setas... *(Abre el bolso y saca un fajo de billetes, que vuelve a guardar.)* Diez pa pagar las letras y diez más pa los gastos de esa desquiciá boda. ¿Habrá bastante?

PABLO. Creo que sí.

GALA. ¡Cómo se va el dinero!

PABLO. No se apure. El negocio va encauzándose muy bien, y dentro de poco volverá por completo a la normalidad... Hubiera sido una lástima que se hubiese derrumbado con lo acreditado que usted lo tenía.

GALA. ¡Cuánto le debo, señor Pablo!

PABLO. No, hijita, no; yo no hago más que sostener lo que la Galana edificó a fuerza de trabajo y constancia, y que trataron de destruir hombres sin conciencia.

GALA. ¡Si aquel tío hizo más daño que un burro en un sembrao!... Yo tó lo perdono en el mundo menos que me roben. ¡Eso me hace mucho mal! Pa un ladrón mil muertes son pocas.

MICAE. *(Sale lateral izquierda.)* Señora Galana, haga el favor de venir un momento, que paece que la Celia no se encuentra bien.

GALA. ¿Qué le pasa?... ¿Qué tiene?... ¿Aónde está?... ¡Venga, señor Pablo, venga, por Dios... *(Vase corriendo, seguida de Pablo, por lateral izquierda.)*

MICAE. No se asusten... No es ná, un desvanecimiento. *(Vase lateral izquierda. Felio sale muy silenciosamente, abre el bolso de la Galana, quita el dinero, lo vuelve a dejar cerrado sobre la camilla y desaparece, sin que nadie lo vea.)*

PABLO. *(Desde lateral izquierda.)* ¡Aflójenla! Denle una cucharada de agua de azahar... No es nada; le haría mucho bien que la dejaran reposar tranquila unos momentos. *(Entra.)* ¡Pobrecita! Le llegó muy hondo la acción de ese canalla. ¡Una mujer tan bravía se quedó hecha un trapo!...

GALA. *(Sale lateral izquierda, con Lucía.)* Esa niña debe de haber cogío una rabieta muy gorda.

LUCIA. Es su enfermedad crónica.

GALA. Voy a guardar las pesetas. *(Guarda el bolso en el cajón de la cómoda, que cierra y guarda la llave en el bolsillo.)*

LUCIA. Me parece a mí que está celosa porque yo, que soy más pequeña, me caso antes que ella.

GALA. ¡Pues sí que es pa envidiar tu bodorrio!

LUCIA. ¡Madre, por Dios, no le llame bodorrio!

GALA. Tú pués llamarle como quieras; yo le he puesto ese nombre y de él no me apeo... Anda, vamos al lao de tu hermana. Usté, señor Pablo, hágame el favor de sacarme en limpio las cuentas del tocino fresco y los chorizos. Se me figura que los manchegos se equivocan a su favor.

PABLO. Con su permiso, tengo que salir unos momentos.

GALA. Los que usté necesite... Echa tú palante, damita de la media almendra... ¡No me hagas esa cara de juez! *(Acariciándola.)* ¡Lo que te tiés que acordar de tu madre, so mico... buñuelo inflao!... *(Vanse lateral izquierda. Pablo da un suspiro y se pone a escribir en su mesa de despacho.)*

ESCENA III

Pablo, Dora, después *Eusebio* y *Lucía.*

DORA. *(Sale foro y tapa los ojos a Pablo.)* ¿Quién soy?

PABLO. ¡Mi sol! El faro que alumbra mi vida.

DORA. Estoy muy contenta. Rafael se decide a trabajar. ¡He triunfado!

PABLO. Vales mucho.

DORA. A tu lado todos quedamos chiquitos... ¡Qué gusto me da acariciarte! ¡Tantos años lejos de ti!... ¡Tantas y tantas lágrimas vertidas por el ausente!...

PABLO. Aquello murió. ¡Olvídalo!

DORA. Ahora entramos en una era feliz. ¡Somos ricos! Tu sueldo y el mío reunidos, una fortuna. Nuestra casita llena de sol... ¿Eres dichoso, papaito querido? ¿Eres dichoso, rey?

PABLO. No encuentro palabras para expresarlo, rena.

EUSE. *(Sale lateral derecha.)* ¡Qué amarteladitos pesqué al padre y a la hija!... Así da gusto.

PABLO. El camaleón. ¡Hola, don Eusebio!

DORA. Nos sorprendió usted.

EUSE. *(Irónico.)* Yo sorprendo muchas cosas, Dorita. ¿Y qué, cómo se va por esta casa? El negocio sé que marcha viento en popa, gracias a su pericia.

PABLO. Pongo mi buena voluntad y hago todo cuanto puedo por conseguirlo, señor Picocorbo.

EUSE. *(Siempre irónico.)* La Galana está contentísima. Cuenta y no acaba... Mi encargao es una joya... un modelo de honradez... ¡Qué ojo más certero tié mi cuñada pa conocer a las personas!

PABLO. Excelente. A usted, de dos pinceladas, lo retrata de cuerpo entero.

LUCIA. *(Desde lateral izquierda.)* Tío Eusebio, venga un momento, que Celia quiere verlo. Oye, Dorita, mis tíos los drogueros me regalan una hermosa caja de cubiertos.

DORA. Pues ya tienes tres docenas.

LUCIA. Todos serán pocos para los convidados que habrá en mi casa... Vamos, tío, que Celia está malucha y se impacienta.

EUSE. ¡Qué pronto curaría yo a esa niña si me dejaran! Una vara de fresno en las costillas la sentaría como los ángeles... *(Vase con Lucía, lateral izquierda.)*

PABLO. ¡Qué bruto y qué malo es este hombre! Quiso calzarse con el santo y la limosna, y yo fuí un obstáculo que se puso en su camino; ¡tenían acorralada a esta pobre mujer!

DORA. ¡Tú qué sabes cómo iban minando el terreno! ¡Qué indignación la mía al no poder con to-

dos!... Oye, ¿no notaste que hablaba con ironía? ¡Es tan hermosa la tranquilidad!

PABLO. No te preocupes, que aquí estoy yo para defenderla a capa y espada. Vaya, me voy por la pulsera de Lucía.

DORA. Este mes lo pasaremos un poco apuradillos, pero nuestro regalo va a ser el más bonito. ¡Con qué ilusión los recibe! Cada uno que llega se vuelve loca.

PABLO. ¡Qué bella es la juventud, nena!

DORA. ¡Qué bello debe de ser querer y que nos quieran! Papá de mi alma. *(Vanse los dos cogidos del brazo, por el foro.)*

ESCENA IV

Eusebio, Felio, Micaela, Nemesita, Pelotilla, después *Rafael.*

EUSE. Sigo recetando jarabe de palos, pa domar esa mala crianza. Lo que tié esa niñita es que está echando los colmillos por el chulo de Felio. ¡Tié ese fresco un aquel pa enamorar mujeres! *(Hace señas desde el foro y sale Felio.)*

FELIO. *(Sale foro.)* Por fin, ¿qué?

EUSE. ¡Agárrate, que viene la curva!

FELIO. Por su madre, hable usté.

EUSE. ¡La caraba! ¡El despiporren! ¡Fantástico!... ¡Napoleónico! Era verdad.

FELIO. Gachó, lo que nos vamos a reír.

EUSE. Yo, hasta el descuajen. *(Se oye la voz de Micaela.)*

MICAE. *(Desde dentro.)* Pase, pase usté...

EUSE. Ahí está la lechuza chupa aceite.

FELIO. Pues, ahuequen, porque tié la patente de cotillera.

MICAE. *(Sale lateral derecha con Nemesita.)* Haga el favor de esperar un momentito, que ahora saldrá la Lucía. *(Felio y Eusebio se van hablando muy animados, por el foro.)* ¡Qué mal

me huele esta amistá tan íntima! Dios los cría y ellos se juntan. *(Vase lateral izquierda.)*

NEMES. ¿Estará en casa Rafael? ¡Ay!

PELOT. *(Sale foro.)* ¿Aónde va ese suspiro, Nemesita?

NEMES. ¡Los suspiros son aire y van al aire! ¡Las lágrimas son agua y van al mar!... Dí, Pelotilla, cuando el amor se olvida, ¿sabes tú donde va?

PELOT. ¡Qué precioso! ¿Lo has discurrido tú?

NEMES. Vino en la hoja del almanaque y pega muy bien para mí. ¡Me perezco por los poetas!

PELOT. ¿Y ponía Pelotilla en el verso? Pué que sea de algún paroquiano que me conoce de venir a comprar embutidos.

NEMES. Puede que sí.

PELOT. ¿Quiés ver a mi prima, verdá?

NEMES. Vengo a traerle mi regalo de boda.

PELOT. ¡Ay, Nemesita, qué ingrata eres pa mí!

NEMES. No te desairo porque no te quiera. Nos conocemos desde niños.

PELOT. Bastante que hemos jugao juntos en la plazuela el Progreso. Desde que éramos así te miraba como mi bello ideal.

NEMES. ¿Por qué no me lo decías?

PELOT. Soy muy poco pa la dueña del Carrete de Oro.

NEMES. ¿Qué tiene que ver eso, si eres bueno y trabajador?

PELOT. Nemesita, que me das esperanzas de...

NEMES. No te hagas ilusiones, hijo, que estoy medio comprometida.

PELOT. Si es con Rafael no te fíes. Anda que bebe los vientos por Dora, la cajera... ¿Pero qué tiés? ¿Te pones mala?

NEMES. ¡Pérfido! ¡Falso! ¡Traidor!

PELOT. No te pongas así, mujer.

NEMES. Se burla de mí.

PELOT. ¿Pa qué te sirvió cantarle aquellas canciones, que eran mismamente espás que me clavabas en el pecho?

NEMES. ¡Ay, Pelotilla, qué triste estoy! *(Reclina la cabeza en el pecho de Pelotilla.)*

PELOT. Por este otro lao, que por aquí se me ensució con un pedazo de sobreasá mallorquina.

NEMES. ¡Estoy sola en el mundo!

PELOT. A mi hermano el fraile y a mi tía Galana tengo yo ná más.

RAFA. *(Desde lateral derecha.)* ¡Qué cuadro más hermoso!

PELOT. Es que tié una miaja de pasión de ánimo.

NEMES. ¿Es envidia o caridá?

RAFA. Es alegría, porque ya tienes novio.

PELOT. Ya oyes a Rafael, Nemesita.

NEMES. Bueno, me alegro. Si no sale Lulú, ahí queda eso.

LUCIA. *(Sale lateral izquierda.)* ¡Hola, ricura! *(Se besan.)* Pero mujer, ¿por qué te has molestado? *(Abre el paquete.)* ¡Precioso! ¡Qué acerico más cuco! ¡Un elefante, con su trompita y todo!... ¡Y lleno de alfileres de colores!

NEMES. Son de la marca "Lagarto", un acero muy fino que no se oxida nunca.

LUCIA. ¿Tú qué haces aquí curioseando, pájaro bobo?

PELOT. Vine a dar un recado a la señora Mica.

LUCIA. No hay recados; a tu obligación en seguida... Vamos a mi cuarto para que veas los regalos que tengo expuestos.

NEMES. *(Al pasar por el lado de Rafael.)* ¡Pérfido!... Con una miserable cajera. ¡Lo sabemos todo, caballero, lo sabemos todo!... *(Sigue a Lucía.)*

RAFA. Tú dale al yunque, que hay muchos cuartos y unas ganas locas de casorio. Anda, quédate un momento en el puesto de Dorita y dile que venga en seguida... Corre, Pelotilla, corre.

PELOT. ¡Qué suerte tiés! Donde pones el ojo, pones la bala.

RAFA. ¡Dios te oiga! *(Vase Pelotilla por el foro.)*

ESCENA V

Rafael, Micaela, después *Dora.*

MICAE. *(Sale lateral izquierda.)* Nemesita está hecha un mar de lágrimas.

RAFA. Pero aquello era una broma, ama.

MICAE. Se lo hiciste creer a la infeliz, y a eso no hay derecho, niño; que fea o guapa, es una mujer y tié corazón como las demás.

DORA. *(Sale foro.)* ¿Me mandaste llamar?

RAFA. Hay novedades.

MICAE. *(Aparte.)* El onceno, no estorbar. *(Vase lateral izquierda.)*

RAFA. Ya tengo un empleo estupendo, chiquilla. Quinientas del ala de sueldo, comisiones limpias y el tanto por ciento de ganancia... ¿A quién lo debo todo?... Contesta. ¿A quién se lo debo?

DORA. A ti mismo primero, que tuviste voluntad para vencerte, y segundo, a la esplendidez de tu madre, que puso unos miles de duros para que tú entrases a formar parte en el negocio. ¡Yo no hice más que aconsejarte, guiada por mi afecto!

RAFA. ¿Y ahora? ¿Me dirás, al fin, que me quieres? ¿Te habré vencido?

DORA. No, Rafael, no es posible. Yo no puedo ser tu esposa... No insistas.

RAFA. ¡Juegas conmigo cruelmente!

DORA. ¿Es que te di esperanzas alguna vez? Sólo te dije: ¡Trabaja... hazte un hombre de provecho! Siempre pensando en tu madre; jamás en mí. ¡Te lo juro!

RAFA. ¿Pero qué misterio encierra tu vida? Te turbas cuando se habla de tu pasado. ¿Cometiste en él alguna falta?

DORA. ¡Rafael!

RAFA. Responde. Anda, responde a esa pregunta.

DORA. Déjame, te lo suplico. Hablemos de ti, de tu destino.

RAFA. ¡Qué me importa ya! Mi ilusión era ofrecerte el dinero ganado con mi trabajo. Lo rechazas. ¿Para qué lo quiero? Volveré a mi vida de vagancia, de cabaret.

DORA. ¿Y tu madre, no merece nada, Rafael?

RAFA. ¡Ahora sólo pensaba en ti! Cuando el director me dijo hace un rato: "Vienes de casta muy honrada, muchacho. La Galana vale un tesoro. En mi casa no pueden entrar más que hombres de ese género"...

DORA. *(Turbada.)* Ya ves; tu nombre honrado te abre las puertas.

RAFA. Pues mira, al escuchar a ese señor, sólo a ti te veía delante de mis ojos. ¿Lloras? ¡Si tú me quieres y tienes puesta una mordaza que no te deja hablar!...

DORA. *(Con angustia.)* No... no... Sólo como amigo, como hermano.

RAFA. ¡Mentira! Hoy mismo se lo cuento a mi madre, y ella sabrá hacerte confesar la verdad.

DORA. *(Con angustia.)* No, Rafael; no hagas eso. ¡Por ella te lo pido!

RAFA. Entonces, ¿es cierto? ¿Hay una mancha en tu pasado?

DORA. Sí.

RAFA. ¿Y sigues amando al causante?

DORA. Sí. ¡Ya sabes el porqué de mis negativas!

RAFA. ¡Qué desilusión, Dora! ¡Qué desilusión más grande!

DORA. Fué una enorme desgracia que llena de sombra mi vida.

RAFA. *(Cogiéndola del brazo.)* Dime quién es. Dímelo...

DORA. ¡Jamás!

RAFA. ¡Qué bien sabes fingir una moralidad intachable!... ¡Qué bien engañas a todos!

DORA. Me atenazaste para que confesara. Pero no me atormentes más, Rafael. ¡No me atormentes, que me siento morir! *(Vase llorando por el foro.)*

RAFA. Yo sabré quién es. Yo espiaré sus pasos.

MICAE. *(Sale lateral izquierda.)* Si yo sospechaba que en la vida de esa chica había un misterio... No me quisiste escuchar y te fuiste colando como un chavalillo... y las mujeres, pequeño, somos un arca cerrá.

RAFA. ¿Pero oíste?

MICAE. ¡Tó! Tratándose de mi chico, mira si me iba yo a quedar sin escuchar el resultao.

RAFA. ¿Y qué me aconsejas?

MICAE. Que olvides, que la vida es pa ti... Una buena colocación, el negocio de tu madre como sobre ruedas, guapo como un sol y con pasta en el bolsillo... ¡Cajeritas como ésa, a puntapiés, chaval, a puntapiés!

RAFA. Como ella, no. Como Dora no hay otra para mí. *(Vase lateral derecha.)*

MICAE. ¡Qué hermosa pareja hubieran hecho! Ahora vamos junto a Celia, que ésa también tié lo suyo. *(Vase lateral izquierda.)*

ESCENA VI

Pablo, Dora, después *Homobona.*

PABLO. *(Sale por el foro con Dora.)* A ti te ocurre algo. ¿Qué tienes?

DORA. Nada, papá, nada. Estate tranquilo.

PABLO. Te dejé contenta cuando salí por la pulsera.

DORA. Francamente, me pusieron nerviosa Eusebio y Felio. Hablaban bajo y me miraban sonriendo. Después leyeron una carta con mucho interés.

PABLO. ¡Tonterías! No les hagas caso. Son dos amargados de la vida... Mira, nena; hazme el favor de entregar tú sola el regalo a Lucía. Eso es cosa más bien de muchachas. Ya me contarás después la carita que pone. *(Le da la caja de la pulsera.)*

DORA. Lo que tú quieras. *(Vase lateral izquierda.)*

PABLO. Esta niña tiene algo más que la conversa-

ción de esos dos canallas. Vamos a echar la cuenta de los manchegos, si me dejan. *(Se sienta a escribir.)* Dos arrobas de chorizos... cuarenta jamones...

HOMOB. *(Desde el foro.)* Señor Moner...

PABLO. Doña Homobona... Tanto bueno por aquí.

HOMOB. Traigo los guantes que ayer dejó olvidados la señorita Lulú... *(Mira con misterio.)* ¿Nos puede oír alguien?

PABLO. Creo que no. ¿Ocurre algo?

HOMOB. Señor Moner, mi conciencia no me permite seguir callando, y antes que ver labrada la desgracia de una infeliz criatura, voy a hablar. Los guantes sólo son un fútil pretexto.

PABLO. Me intriga usted, señora.

HOMOB. ¡Cómo se ve a la legua la persona decente en sus modales, en sus dichos!... Tiene la misma caída de párpados que mi pobre Gazuza, que en paz descanse. Si se vistiera usted de uniforme de capitán, ¡Gazuza, Gazuza clavado!

PABLO. Lo que siento recordarle cosa tan triste, doña Homobona. Pero si quiere decirme algo en secreto, apresúrese porque esta sala es un jubileo.

HOMOB. Pues bien; hablaré sin eufemismos. Quito es un canallita, la madre una trapisondista y la hermanita una de las miles de vírgenes locas que pueblan el mundo.

PABLO. Me deja usted electrizado.

HOMOB. Para comer todos a costa de la Galana quieren casar al bárbaro del niño, que está enredado con la Calabresa, una golfa que vende billetes de la lotería. ¡Qué espanto de casa! Deben hasta la respiración. Hoy me despidieron a mí, insultándome sin piedad y sin pagarme... Yo creo, señor Moner, que usted es el único llamado a descorrer el velo que oculta tanto engaño.

PABLO. Favorecidísimo por su opinión, pero es muy violento para mí descubrir el pastel.

HOMOB. Y si por fin se decide, ¡por Dios, no diga que

yo se lo dije! Quito es muy bruto y con manejar tanto las piernas en la bicicleta y en el fútbol las tiene desarrolladísimas. Es temible un puntapié suyo. Ya lleva matados diez perros para entrenarse.

PABLO. ¡Qué barbaridad! Por si acaso, no se ponga usted a tiro, señora... El asunto es difícil de resolver... la niña está muy enamorada.

HOMOB. Por si le sirve de algo, ahí tiene una carta que recibió ayer la madre de Quito. Como es para evitar una desgracia, no tuve inconveniente en apropiarme de ella. ¡Es catastrófica, como verá!

PABLO. Señora, yo no debo quedarme con eso.

HOMOB. Piense que la pobrecita Lulú, ese ángel de pureza, será maltratada duramente por ese igorrote sin entrañas. ¡Por caridad hay que evitarlo, caballero!... Beso a usted la mano. *(Se dirige al foro.)*

PABLO. A sus pies. Pero la carta, doña Homobona, la carta...

HOMOB. Léala usted antes. Señoras de Más de la Cabra, ¡ya estoy vengada! *(Vase.)*

PABLO. *(Mirando la carta.)* Bueno. ¡Yo desfaciendo otro entuerto! Me voy a echar una de enemigos... Veamos la firma, porque esto es muy largo: Roque Menudillo, prestamista. Los llama tramposos. *(Guardándola.)* ¡Sí que debe ser sustanciosa la cartita de don Roque! ¡Dios nos coja confesados!

ESCENA VII

Pablo, Dora, Celia, Pelotilla, Lucía, Nemesita, Quito y la *Galana.*

DORA. *(Sale lateral izquierda con Celia.)* Si vieras cuánto le gustó a Lulú la pulsera.

CELIA. Es el regalo más bonito que ha tenío.

PABLO. Me alegro que fuera de su gusto. Y usted, Celia, ¿cómo se encuentra?

CELIA. Mejor. Pero ya pué usté figurarse cómo me habré quedao después del escopetazo. ¡Por poco hago la desgracia de toda mi vida!

PABLO. Aun exponiéndonos a su enojo se lo hubiéramos avisado a tiempo. Ya vió cómo le quité la careta frente a frente.

CELIA. ¡Por Dios, haga que salte cuanto antes de esta casa, que onde está él no puedo estar yo, señor Pablo!

PABLO. Saldrá pronto; se lo prometo.

PELOT. *(Sale por el foro.)* Quito viene. Voy a avisar a la Lulú. ¡Ay, que no te había visto! ¿Cómo estás, Celia?

CELIA. Como pa tomar cerillas.

PELOT. ¡Qué barbaridá! De paso veré a Nemesita. Anda, ya están aquí. *(Salen lateral Lucía y Nemesita.)* Quito viene.

LUCIA. Mil gracias, señor Pablo, por su preciosa pulsera. ¡Estoy encantada con ella!

PABLO. No merece la pena, Lucía.

LUCIA. Es lindísima. Celia, te suplico que no pelees con Quito. Me hacéis pasar unos ratos crueles.

CELIA. Pues el día está pa que me vuelva a llamar pantera.

LUCIA. Mujer, es una broma.

CELIA. Que las gaste con el espantajo de su madre. A mí lo que mejor pué hacerme esa familia es no dirigirme la palabra.

LUCIA. ¡Grosera! ¡Mal educada!...

QUITO. *(Sale por el foro.)* ¡Hola, señores!

TODOS. ¡Hola, Quito!

PABLO. Con el permiso de ustedes voy a seguir sacando unas cuentas urgentes. *(Se sienta en su mesa y lee la carta de Homobona.)*

QUITO. ¿Vinieron mi madre y mi hermana?

CELIA. No hemos tenido ese gusto.

QUITO. Seguramente no vendrán por ti.

CELIA. Pues no sabes lo que se lo agradezco, porque me evitan de darles con la puerta en las narices.

QUITO. ¡Pantera!

LUCIA. *(Fingiendo.)* Pues, mira, no es tarde... ellas a veces...

CELIA. ¡No hay que apurarse! Estarán terminando de rebañar la cazuela de las sopas de ajo.

LUCIA. No hagas caso a esta mal educada.

QUITO. Una rabanera. ¡De casta le viene al galgo!

CELIA. Pero, ¿no habéis oído que me llama rabanera ese postinero hambriento?

DORA. Por Dios; calmarse, que no merece la pena.

NEMES. *(A Quito.)* Parece mentira que no conozcas el genio de Celia.

QUITO. Yo no tolero que por más tiempo siga mi novia en esta pocilga.

PABLO. Lo que yo no tolero, es que usted vuelva a rebajar más a esta honrada familia.

QUITO. *(Con impertinencia.)* ¿Quién es este buen hombre, que se mete siempre donde no le llaman?

LUCIA. Usted debe callarse.

PABLO. Pues pienso decirle a solas cuatro cosas muy interesantes a este pollo.

QUITO. Eso será si yo me digno escucharlas.

PABLO. Pues no se ha de dignar usted, señor Más de la Cabra.

LUCIA. *(Con angustia.)* No les hagas caso.

QUITO. ¡Vaya una gentecita que te rodea, niña!

GALA. *(Sale lateral izquierda.)* ¡Basta! Ya se me subió el aguante a las narices, y harta estoy de tanto desprecio.

QUITO. Espero que corrija las insolencias de Celia y de ese hombre.

GALA. Y cuando tú las sueltas, ¿quién te las corrige a tí? Tu madre no será, que las endilga más gordas que las tuyas. ¡Nos ha jorobao este niño pera, que no sabe más que dar coces y hablar como los carreteros!

LUCIA. ¡Me siento desfallecer!

GALA. Que la señá Mica te dé unas friegas, pa reanimarte.

CELIA. Ahora que tós nos hemos soltao el pelo, las cosas se van a hablar claritas.

PABLO. Si con claridad, por parte de este caballero,

se hubieran hablado, no hubieran llegado al extremo que van a tener que llegar.

QUITO. Usted no es nadie.

PABLO. Amigo íntimo de la Calabresa y de don Roque Menudillo. ¿Sirve esta garantía para poder hablar?

QUITO. *(Confuso.)* ¡Ah! Pero...

LUCIA. *(A Pablo.)* No se meta usted donde no le llaman.

DORA. *(Aparte.)* ¡Qué de odios está fomentando mi padre!

GALA. Hace muy bien en meterse. Y pa que lo sepáis de una vez: conmigo no tenéis que contar pa nada absolutamente. ¿No son de tanto postín? Pues que vivan de sus rentas, ya que este mocito no sabe trabajar más que con los dientes. Del sudor de la Galana, no comen ellos. ¡Se acabó el carbón! Lo que llevaba guardao en el buche, ya lo he soltao.

QUITO. *(Insolente.)* Pues no hay boda.

CELIA. Mira el sinvergüenza. ¿Querías vivir a costa de mi madre? ¡Nanay!

PABLO. (Doña Homobona era un oráculo.)

LUCIA. *(A Quito.)* ¡Me has destrozado el alma! Seré dama blanca. Mi traje de novia servirá para desposarme con Jesús.

PABLO. *(Aparte.)* Si es el del figurín, lo más a propósito.

GALA. Mira, niño, retírate. Mi hija te devuelve la palabra, pa que vayas a engañar a otra parte.

QUITO. *(Desde el foro.)* ¡Brutal solución! Mi madre me imponía un sacrificio superior a mis fuerzas. ¡Agradecidísimo, señor Moner; ha sido usted mi Providencia! ¡Ya no podía más! Muchas gracias.

LUCIA. ¿Qué haré con tanto regalo?

QUITO. Ahórcate con ellos, y así iremos al entierro de la sardina. ¡Qué chiste tan colosal! "¡Old ray!" *(Agita el sombrero y se va, muy contento, por el foro.)*

GALA. ¡Animal!

CELIA. ¡Sinvergüenza!

GALA. Esto sólo me pasa a mí por buena, por ser una madre de pasta flora.

MICAE. *(Sale lateral derecha.)* Aquí está la cuenta de los pijamas de fantasía de cá Matacas y del casquete de piedras.

LUCIA. ¡Ay! ¡Ay! ¡Que me muero! Mis pijamas... mi gorrita de dormir.

GALA. ¿Cuánto suben esas fachas?

MICAE. Dice Matacas que, por ser pa usté, se los deja en cuatrocientas cuarenta y cinco pesetas.

GALA. *(Va hacia la cómoda.)* Por ser pa mí, ¿verdad? ¡Qué amable es el tío ése! *(Da un grito al abrir el bolso.)* ¡Ay! ¡M'han robao! ¡M'han robao las veinte mil pesetas del Banco!

PABLO. Eso no puede ser. Cuando usted guardó el bolso, en él estaban. ¡Imposible! Aquí no entró nadie extraño.

CELIA. Madre, busque bien, por si las guardó en otro sitio, que a veces...

GALA. No, no. El señor Pablo lo pué decir, a él se las enseñé al llegar del Banco de España, y en el mismo bolso quedaron.

LUCIA. *(Con rencor a Pablo.)* Cuando salimos del cuarto de Celia, estaba usted aquí solo. Acuérdese.

PABLO. ¡Lucía, por Dios!

DORA. ¡Por la Virgen Santísima, aclararlo!

RAFA. *(Sale lateral derecha.)* ¿Qué pasa?

GALA. Que m'han robao veinte mil pesetas del cajón de la cómoda. ¡Ná más que eso! El señor Pablo las vió.

RAFA. Ese dinero tiene que aparecer y aparecerá. Que vengan todos los de la casa.

MICAE. *(Desde lateral.)* ¡Ciriaca, ven en seguida! *(Sale Ciriaca.)*

PELOT. *(Desde el foro.)* ¡Tío Eusebio! ¡Felio! Vengan corriendo, que ha habido un robo.

EUSE. *(Sale con Felio.)* ¿Qué gritos son ésos? Pero, ¿qué ocurre?

RAFA. A mi madre le faltan veinte mil pesetas del

cajón de la cómoda. Tiene la completa seguridad de haberlas metido en él. Aquí no entró nadie extraño. Van a aparecer en seguida, sea como sea. Si no daré parte a la Jefatura, y que ella se entienda, señores.

PELOT. Yo no he pisao la calle. Que me registren.

CIRIA. Y a una servidora también.

EUSE. Yo no consiento que de mí se sospeche.

FELIO. Lo mismo digo.

PABLO. Pues exceptuando las señoras, que desde luego no son, sólo quedo yo, caballero.

DORA. Mi padre es incapaz de semejante infamia.

FELIO. No suba tan alto el gallo, niña, que más fácil es que haya sido él que otro.

PABLO. ¡Miserable!

RAFA. *(Separándolos.)* ¡Basta! En mi casa no consiento violencias, ni insultos.

FELIO. ¡Miserable seré, pero no estoy fichao en el penal de Santoña; no soy un licenciao de presidio, como usté!

GALA. *(A Pablo.)* Eso es falso. ¿Verdad que ese hombre miente, señor Pablo? ¿Verdá que miente?

PABLO. ¡Es cierto, señora!

FELIO. *(Envalentonado.)* ¡Lo que antes le dije en su cara! Fíjense cómo tós los hombres que entran en la casa vamos saltando, pa quedarse él solo de amo. *(Aparte.)* ¡Ya me puse yo en su camino, señor Pablo!

PABLO. *(Cogiendo las manos de la Galana.)* Galana, yo no he cometido esa vileza. ¡Mis manos no se mancharon jamás con lo ajeno! Sobre la cabeza de mi hija, lo juro.

DORA. ¿Robar él? Tan recto en su pensar, tan justo en su proceder... Puede estar tranquila, señora. Si mi padre ha tenido una deuda con la justicia, si por razones que aún nadie conoce llevó el infamante grillete, la señal del hierro no llegó a su alma, que está pura, ¡que es muy hermosa!

EUSE. Eso lo aclara el juez. Hay que avisar al comi-

sario del distrito. Pelotilla, ves corriendo y dile al delegao que en la jamonería de la Galana s'ha cometido un robo de importancia.

PABLO. Por teléfono vendrá antes, señores. *(Se dirige emocionado al teléfono.)*

GALA. *(Revuelve, febril, el cajón y saca una cajita.)* Aguarde, aguarde. Suelte el teléfono, señor Pablo. ¡Perdonarme! El dinero está aquí; lo había metido en esta cajita. Merezco que me ahorquen. Anda, Dora, paga a Matacas del dinero de la caja, que éstos son tós billetes grandes. ¡Ya podéis quedar tranquilos! Si la culpa la tié ese animal de Quito, que me sacó de mis casillas. ¡Maldita sea su estampa!

DORA. *(Al pasar por el lado de Rafael.)* ¡Ya sabes el secreto de mi pasado! *(Hablan todos, bajo, unos con otros.)*

PABLO. *(Bajo, a la Galana.)* ¡Gracias! Es usted lo más grande que conocí en mi vida.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA I

Micaela, Eusebio, después *Nemesita* y *Ciriaca.*

EUSE. ¡Si seremos bobos! ¡A mí que me la va a dar la Galana! Las veinte mil pesetas no estaban en aquella cajita de camelo que sacó a última hora pa librar de la cárcel a ese tío vivo.

MICAE. Porque ella tié la seguridá completa de que él no las robó.

EUSE. ¿Por la comedia que hizo con su niña? ¡Amos, que estáis en el limbo, morucha! Ese tío es un vivales muy largo, que entró en la casa co-

mo Guillermo el conquistador y s'ha hecho bonitamente el amo.

MICAE. Pues si él no entra tan a tiempo, a estas horas ya estamos tós como San Ginojo, con una mano delante y la otra atrás, acurrucaos debajo la escalera.

EUSE. Yo lo tengo atascao aquí.

MICAE. ¡Claro!

EUSE. ¿Claro, por qué?

MICAE. Porque sí.

EUSE. ¿Tienes miedo de hablar?

MICAE. ¿Miedo con usté? Amos, contigo, porque solos me parece a mí que podamos tutearnos.

EUSE. Por vos lo hacía, señora; que por un servidor ya comprendes...

MICAE. ¡Naturaca! Tú no pierdes ná, porque la vergüenza, que era lo único que te quedaba, la perdiste hace mucho tiempo.

EUSE. ¡Insultitos, no! Se puede hablar sin ellos, me parece a mí.

MICAE. Pues abra usté el paraguas, pollo, que van a diluviar verdades.

EUSE. ¡Qué chulona eres!

MICAE. Mira si soy castiza, que me siento en los topes y para el metro...

EUSE. *(Tocando las palmas.)* ¡Pues venga de ahí, niña!

MICAE. Te es antipático el señor Pablo porque querías, bajo mano, llevar a la ruina a la Galana, para que cuando se viera ahogá casarte con ella y volver a ser dueño de la jamonería, que es tu ilusión desde hace años.

EUSE. ¡Mentira! A mi cuñá la quiero desde que era soltera.

MICAE. ¡Tú que vas a querer, si no te quieres ni a ti mismo!... Cuando tó iba como deseabas, porque los chicos, aconsejaos por ti, tiraban y derrochaban sin tasa; cuando recomendastes a Felio pa dependiente, con la mala intención que se enganchara con la Celia y haceros los dos fuertes contra la Galana; cuando tó lo te-

nías preparao pa la quiebra de esta pobre mujer... apareció San Miguel Arcángel con su espada de fuego y os barrió a tós, poniendo la casa en orden... ¡Ya tiés explicao por qué no pués tragar al señor Pablo! A mi manera va, pero me parece que me entiendes.

EUSE. Todas esas mentiras son inventás por ti, porque pa líos no hay otra.

MICAE. ¡Qué cara más dura tiés, gachó!

EUSE. Me dan masaje facial pa la conservación del cutis.

MICAE. Si te dieran lo que yo dijera, no te quedaba un hueso en su sitio.

EUSE. Bueno, hablando formalmente. Supongo que ese licenciao de presidio no seguirá aquí por mucho tiempo, como no sea que la Galana... ¡Ya me entiendes!

MICAE. Ya sé por dónde vas con esos guiños, arrastrao. Quiés echarlo por lo malo, ¿verdá?

EUSE. ¡Que tu ama se coló por él, es viejo! Se necesita estar ciegos pa no verlo.

MICAE. *(Furiosa.)* ¡Pero, qué ruin eres! Eso lo habéis discurrido ese chulo y tú, pa tirarla por tierra, pa desacreditarla... Pues mira, no lo conseguiréis, porque Dios está sobre tós y las buenas acciones las premia siempre. El pobre señor se quería marchar con su hija, y tu cuñá le dijo: "Creerían que era usté culpable. Yo le ruego que continúen a mi lao."

EUSE. Es muy caritativa.

MICAE. No me desesperes con tu risa de demonio. ¿Queréis que a fuerza de calumnias desampare a ese desgraciao, que si no fuera por el buen corazón de la Galana, a estas horas estaría otra vez en la cárcel siendo inocente?... ¡Maldita sean vuestras malas entrañas!

EUSE. ¡Inocente! Desde que llegó mi cuñada del Banco, está probao que nadie salió a la calle más que él.

MICAE. Fué por el regalo de Lucía.

EUSE. También es casualidá, mujer

NEMES. *(Sale por el foro, con Pelotilla.)* ¿Dónde está Lulú? ¡Qué valor tiene! Devolverme el regalo de boda... No, hija, no; que se lo guarde. ¡En el corazón de los ingratos se debían de clavar uno a uno!

EUSE. Yo la ayudo, Nemesita.

MICAE. Voy a avisarla que estás aquí.

EUSE. *(Bajo.)* Mutis de tó lo que hemos hablao.

MICAE. Callaré, hasta que me convenga hablar. *(Vase por lateral izquierda.)*

EUSE. Yo me largo también... Adiós, chiquillos.

PELOT. Rafael preguntó antes con mucho interés por usté.

EUSE. Entonces vamos antes al cuarto de mi sobrino, a ver qué quiere. *(Vase por la lateral derecha.)*

PELOT. ¿Estás más consolá, Nemesita?

NEMES. ¡Ay, hijo! Si tu primo me es completamente indiferente...

PELOT. Vales tú mucho pa ese veleta.

NEMES. Recaredo, anoche soñé contigo...

PELOT. ¿Qué soñaste con un servidor?

NEMES. Que nos volvimos niños otra vez y que jugando a los novios, tú te habías declarado a mí.

PELOT. *(Con afán.)* ¿Y qué me contestabas?

NEMES. ¡Que sí! Como éramos niños y en sueños, no me da vergüenza confesártelo...

PELOT. No me quites la ilusión, que puede ser de grandes también. Mira, el señor Pablo me está enseñando teneduría de libros. ¡Yo podré regentar un comercio!

NEMES. Mi tutor es tan viejecito que en mi tienda pronto hará falta un amo.

PELOT. Nemesita, que me desmayo. ¡Que m'has dao la felicidá de un golpe, y esto puede ser mortal pa mí!

CIRIA. *(Sale por la lateral izquierda, vestida otra vez de paleta.)* Ice la señorita Lucía, que venga pa su cuarto.

NEMES. No me olvides, Recaredo, y estudia la teneduría.

PELOT. Antes mil muertes que olvidarte, dueña de mis pensamientos. *(Vase Nemesita con Ciriaca.)* No puede ser. ¿Estaré yo soñando también?

ESCENA II

Pelotilla, Celia, después *Dora* y *Pablo.*

CELIA. *(Sale por lateral izquierda.)* ¿Qué te pasa, so pasmao? ¿Estás cazando moscas con la boca abierta?

PELOT. ¡Ay, Celia de mi alma! Nemesita y yo somos novios formales.

CELIA. *(Aparte.)* La niña se propuso buscar pareja y ya la tié, sea como sea. ¡Me río un rato largo de las aguas mansas!

PELOT. ¿Qué dices?

CELIA. Que m'alegro de verte bueno y que seáis muy dichosos.

PELOT. ¡Me van a notar tós la felicidá que rebosa en mi corazón! *(Vase hacia el foro.)*

CELIA. Pelotilla...

PELOT. Llámame Recaredo, Celia; que a ella no le gusta mi mote.

CELIA. ¡Ni una palabra más! Recaredo, ponte un momento en la caja, y dile a Dorita que venga, que tengo que hablar con ella.

PELOT. Con muchísimo gusto... Y guarda el secreto. *(Vase por el foro.)*

CELIA. Este, a lo memo a lo memo, se lleva a la chica más rica del barrio. *(Pasea nerviosa.)* ¡Tós son más dichosos que yo!... Si no desahogo con alguien, reviento. ¡Maldita sea la mala sombra de ese golfo!

DORA. *(Sale por el foro.)* ¿Qué te pasa? Estás muy pálida. ¿Lloras? ¿Qué tienes, Celia? Háblame a corazón abierto, como si fuera tu hermana.

CELIA. Sufro mucho. Me muero por él. Lucho como

una desesperá pa arrancarme este querer, y no puedo. ¡M'ha hechizao!... M'ha dao alguno de esos bebedizos que venden las brujas y yo voy a hacer una barbaridá.

DORA. *(Acariciándola.)* No digas eso. La sugestión irá pasando poquito a poco.

CELIA. Anoche me quería matar. Por poco me enveneno.

DORA. Cálmate, Celia. Rezaremos juntas una salve a la Virgen de la Paloma. ¡A tu Virgen, mujer; a la madre de las chulitas, a la que todo lo puede! Y Ella te hará coger otra vez un sueño tranquilo... ¿A que nunca la rezaste?

CELIA. Mira, tiés razón. La tengo olvidada del tó. ¡Estoy tan atribulá con lo que me ha hecho ese sinvergüenza!...

DORA. Las luchas de la vida hay que hacerlas frente tomándolas con resignación.

CELIA. Las de amor destrozan. ¡Si supieras lo que se sufre!

DORA. ¡Lo sé!

CELIA. ¿También quiés a alguno?

DORA. ¡Con toda mi alma! ¡Apasionadamente!

CELIA. ¿Y él no te quiere?

DORA. Está también enamorado de mí.

CELIA. Entonces...

DORA. Hay una valla que nos separa. ¡Llevo una mancha en mi vida! La gente me señala con el dedo.

CELIA. ¡Anda! ¿Y qué tié que ver aquello si tú eres buena? Si yo fuera hombre y te quisiera, un comino se me importaría lo que tu padre hubiera hecho.

DORA. *(Con afán.)* ¿No te importaría?... ¿No te importaría, Celia de mi alma?

CELIA. ¡Ná, mujer! Y si el enamorao te pone reparos, mándamelo a mí, que ya verás como te lo dejo más suave que la seda.

PABLO. *(Sale por foro.)* ¡Dorita, por Dios, que Recaredo...—señoritas, Pelotilla me suplica que desde hoy se le llame Recaredo—hace falta

en el mostrador y lo tienes clavado en la banqueta de la caja!

DORA. Voy corriendo.

CELIA. No tié ella la culpa, señor Pablo. La llamé yo... ¡Disimule!

PABLO. Siendo así...

DORA. *(Riendo.)* Cuando necesites azahar ya sabes dónde lo venden. *(Vase foro.)*

CELIA. ¡Qué buena es!

PABLO. ¡Angelical!

CELIA. La quiere usté mucho.

PABLO. No me queda más que ella en el mundo.

CELIA. La pobrecita habrá sufrido horrores.

PABLO. A los diez años vió cómo me prendían, cómo murió de pena su madre... cómo mataron los moros en la guerra a su hermano... ¡Un calvario, Celia, un calvario para esa infeliz criatura, que no comprendo cómo le quedaron fuerzas para sonreír y endulzar la vida de cuantos la rodean!

CELIA. Yo no sé lo que me pasa con ustés, que se me asemejan dos santos.

PABLO. *(Riendo.)* ¡Qué simpática es la maja más hermosa de los barrios bajos! ¡Qué cosas más bonitas dice para contentarnos!... ¿Sabe lo que me parece usted a mí?

CELIA. No me llame de usté, que eso es de mucho cumplido. ¿Qué le parezco?

PABLO. Pues pareces un angelito muy revoltoso, con un corazón tan grande que no te coge en el pecho.

CELIA. Amos, claramente, que estoy desproporcioná. ¡Muchas gracias!

PABLO. Pero esa desproporción te favorece la mar. ¡Te da un agridulce delicioso!

CELIA. ¡Amos, la salsilla de las hembras castizas!

PABLO. Eso es; la sabrosa salsilla.

CELIA. Gracias.

PABLO. Al verte reír, se me ensancha el alma.

CELIA. Pues mire, dentro de un rato entre usté en mi cuarto y verá cosa buena. Empiezo a pen-

sar, y poco a poco voy tomando carbón... y, ¿pa qué contarle? Antes, a la Ciriaca, le tiré el peine a la cabeza, y como iba con tanta fuerza, se le quedó clavao en el moño.

PABLO. ¡Pobre paleta!

CELIA. Pa contentarla la he tenío que regalar una blusa y darle un par de besos. ¡Agridulce, como los peros de Ronda, señor Pablo! *(Va hacia lateral.)*

PABLO. Encantadora, como el cielo de mayo; luce el sol y lloran las nubes a un tiempo.

CELIA. *(Chula.)* Dice usté unas cosas como pa grabarlas en bronce. ¡Gachó, qué labla! ¿Aonde le echó a usté al mundo su señora madre, si se pué saber?

PABLO. En Burgos. En la hermosa Castilla.

CELIA. Pues mire, yo hubiera jurao que había sido en la Cabecera del Rastro, que es el corazón del Madrí castizo.

PABLO. Allí naciste tú y te lo llevaste todo.

CELIA. ¡Agradecidísima! ¡Parece mentira que aún tenga humorcito pa bromas con la penita que llevo encima! *(Vase lateral izquierda.)*

PABLO. ¡Qué complejas son estas madrileñas!

PELOT. *(Sale foro.)* ¿Estorbo, señor Pablo?

PABLO. ¿Qué se le ofrece al inmortal Recaredo? ¿Ves cómo no me olvido de tu súplica?

PELOT. Es usté muy bueno. Mire, quisiera decirle dos palabras en secreto.

PABLO. *(Sonriendo.)* Después de tu ruego de antes comprendo lo que me vas a contar. ¿Se trata de la angelical Nemesita, verdad?

PELOT. No, señor, no es eso. Para ese importante asunto de mi porvenir le pediré consejo después. Ahora se trata de Felio.

PABLO. *(Serio.)* Habla sin miedo.

PELOT. Usté sabe que yo duermo tabique por medio de su alcoba en cá la Pimentona, que nos tié de huéspedes, aquí arriba.

PABLO. ¿Y qué pasa con eso?

PELOT. Pues, verá. Anoche, desde un abujero que hic-

en la paré... ¡Dios me perdone la curiosidá!... pa ver cuando entra con la Pilonga en su cuarto... Ya sabe usté quién es: esa cigarrera tan guapísima, que tié el pelo ondulao, los ojos color de uvas y un lunar...

PABLO. Deja en paz las perfecciones de la Pilonga y dí lo que viste anoche.

PELOT. Vi que contaba muchísimos billetes de a mil y los metía en una caja de esas pequeñitas de hierro galvanizao.

PABLO. *(Con ansiedad.)* ¿Y qué hizo con ella?

PELOT. La guardó en el fondo del baúl. Si no hubiera encontrao mi tía las veinte mil pesetas en su cómoda, había pa sospechar. Pero como aparecieron, no hay caso. ¿De dónde habrá sacao tanto dinero? ¡Estoy pasmao! ¡Qué suerte tién los pillos, señor Pablo!

PABLO. ¡No lo envidies, Recaredo!... Anda pa tu puesto y guarda absoluto silencio sobre esto. ¡Por la Virgen Santísima te lo pido!

PELOT. ¡Por la divina Señora y por el miedo cerval que le tengo a ese chulo!...

PABLO. Me has hecho un favor que no lo olvidare en la vida. ¡Dios te lo pague, muchacho!

PELOT. Poco agradecío que le estoy por enseñarme la teneduría y la Gramática castellana... ¡Si a esas lecciones le voy a deber mi felicidá, señor Pablo! *(Vase foro.)*

PABLO. Desde el primer momento sospeché de él... ¡Ahora sí que nos veremos las caras, señor Felio! *(Salen lateral izquierda Galana, Lucía y Nemesita.)*

ESCENA III

Pablo, Galana, Nemesita y *Lucía.*

GALA. Adiós, hija. Dale muchos recuerdos a tu tutor.

LUCIA. Adiós, Nemesita. *(Llora.)*

NEMES. No te afligas, tonta, que novios salen a mon-

tones... Más de los que una quiere. ¡Yo recibo dos o tres declaraciones diarias!

GALA. Sí que tiés suerte, mujer.

NEMES. No me quejo. Adiós, señores.

GALA. Sal por el portal, si quieres.

NEMES. ¡Qué disparate! Por la tienda me gusta más.

PABLO. Hay mejores vistas.

NEMES. ¡Qué malísimo es este don Pablo! *(Vase foro.)*

LUCIA. *(Llorando.)* Ya se arregló con Pelotilla. ¡Ya tiene novio!

GALA. Ven aquí, pedazo de estúpida. ¿Y no tendrás tú miles de Pelotillas mejores que tu primo? Ahí la tié usté llorando tó el santo día como una Madalena, porque se acuerda de aquel animal que Dios confunda a él y a su familia.

LUCIA. Para mí se terminó la vida. Déjeme usted ser dama blanca.

GALA. ¡Negra te voy a poner yo a golpes como sigas diciendo que le vas a ofrecer a Dios lo que no quiso aquella caballería!

LUCIA. Me deshicieron una boda que me hubiera colocado entre la más alta aristocracia. *(A Pablo.)* Hizo muy mal con maltratar a mi futuro. ¡Usted tiene la culpa de todas mis lágrimas!

GALA. No le haga caso, señor Pablo. Esta niña está como pa llevarla a la consulta de Esquerdo.

PABLO. ¿Y creía firmemente que hacía excelente boda? ¿Que aquélla era una dignísima familia?

LUCIA. ¡Por Dios! ¿Me lo negará usted a mí, que vi sus pergaminos? Los Cabra se remontan a los más lejanos tiempos.

PABLO. Conformes, es raza muy antigua. Pero, ¡vamos! con eso no se come. Yo creí hacerle un bien muy grande desenmascarando a su novio.

LUCIA. *(Furiosa.)* Pues hizo un mal. ¿Qué pruebas hay de que es cierto lo que dice? ¿Qué pruebas, diga, qué pruebas?

GALA. Ya estará usté convencío de lleno de que mis dos niñas tién el torrao a la virule.

PABLO. No quiero que me guarde rencor, Lucía. Voy a destruir su ilusión por completo, pero lo pre-

fiero a que vea en mí un enemigo. *(Saca una carta de la cartera.)* Tome, hija mía; vaya a su cuarto y léala con calma. Después le ruego que me la devuelva.

LUCIA. *(Miedosa.)* Yo... no... ¿eso para qué?

GALA. Anda, so pasmá; obedece al señor Pablo y léela, que sus miras llevará cuando él lo dice.

LUCIA. ¡Estoy tan triste! ¡Tan triste!... *(Vase lateral izquierda.)*

GALA. ¡Me parte el alma! ¡Pobre niña! Se había hecho sus ilusiones, y cuando las mujeres nos creemos verlas realizás, es matarnos si se nos deshacen... ¡Cuánto los quiero, señor Pablo! Me hacen rabiar, me hacen cosas mal hechas, pero los adoro a los tres. Y ya ve, ellos lloran porque se quedan a mi lao... porque a mi vejez no me dejan sola...

PABLO. ¡Esa es la vida! La madre es la gorriona que lleva la comida en el pico a sus hijitos, y cuando éstos tienen alas rompen a volar sin volver la cabeza para darle las gracias... ¡Y al año siguiente vuelve a poner los huevos en el nido y a criar otros, que hacen lo mismo!... ¡Lo eterno, Galana, lo eterno!

GALA. También tié razón. Tós hemos seguido ese camino. ¡A qué quejarnos!... Qué, ¿está ya más calmao? ¿Se le pasó el disgusto?

PABLO. Aún no. Cuando queden las cosas bien claras, entonces. Hasta eso no me pida usted imposibles. ¡Si supiera lo que he sufrido!

GALA. A callar; no quiero saber ná de lo pasao. Cuando usté lo hizo, sus motivos tendría. A veces nos cegamos y no somos dueños de nuestras acciones. ¿Usté cree que la otra tarde dudé ni un momento de su inocencia? ¡Ni pensarlo! Dios me perdone, pero en tós pensé, menos en usté. Aunque me falta instrucción y sé poco de letra, tengo un diquelen muy grande pa conocer a las personas.

PABLO. ¡Cómo agradecerle tantas bondades!

GALA. Con hacer lo que hace por mi casa y por los míos, estoy bien pagá. No pido más.

PABLO. Galana, mientras viva, usted será para mí...

GALA. No empiece con sus alabanzas, que me azara mucho. *(Vase riendo por lateral izquierda.)*

PABLO. ¡Su alma! ¡Su alma sobre todo! *(Vase foro.)*

ESCENA IV

Eusebio y *Rafael.*

EUSE. *(Sale lateral derecha con Rafael.)* ¡Estás loco!... ¿Con la hija de un licenciao de presidio, de un ladrón... porque a pesar de todas sus pamplinas y del camelo de tu señora madre, él tié las pesetas más fijo que muerto está mi agüelo?

RAFA. Aunque usted me lo jure no lo creo.

EUSE. ¡Fíjate! Las señas son mortales de necesidá. Con el pretexto del regalito de la Lucía, salió a esconderlas donde nos las viera ni la luz.

RAFA. Que no... Vaya, que no.

EUSE. ¡Amos, no seas chiquillo! Que eso que vas a hacer es ponerte la ceniza en la frente sin necesidá ninguna. Piensa que si tu madre no discurre aquella apoteosis final, a estas horas tiés el suegro enchiquerao otra vez.

RAFA. ¡El no estuvo preso por ladrón!

EUSE. Por asesino, que es peor.

RAFA. No diga usted eso. Mató en defensa propia.

EUSE. Vete tú a saber la verdá. El comandante Rodolfo apareció muerto de un tiro en un paseo solitario de la Moncloa; a su lao estaba solo ese hombre con una pistola en la mano. ¡Aquello no lo vió nadie más que Dios!

RAFA. He leído la sentencia. Los médicos aseguraron que no hubo traición.

EUSE. ¡Tarará! Como era caballero y tenía conocimientos, le echaron doce años. Si llega a ser un pobre desgraciao, ¡la perpetua! Es una vergüenza que continúe ese hombre en vuestra

casa. Pero cuando la Galana se empeña, sus razones tendrá.

RAFA. Bien justificadas. Acuérdese cómo estaba el negocio antes de entrar él de encargao.

EUSE. ¿Listo? Más que Cardona. No te lo niego. Ya ves, mi cuñada perdió los cuatro mil duros con la sonrisa en los labios.

RAFA. *(Con dignidad.)* ¡Basta, tío! No siga usted por ese terreno. Mi madre puede hacer lo que quiera de su dinero. Para eso lo gana.

EUSE. Conformes. Pero que no les llore a los hijos los tres ochavos que les da. ¡Canastos! Que entre ese bandido y vosotros hay mucha distancia. Y no hablo más; esto lo he soltao sin querer, pensando sólo que de mi casta eres y entre los Picocorbos no hubo nunca manos manchás de sangre ni de dinero ajeno. Ahora, si después de oírme insistes en casarte con esa mujer, si tiés valor pa hacerlo... ¡cásate!

RAFA. Pero, ¿qué culpa tiene Dora de todas esas cosas que usted dice?

EUSE. *(Con énfasis.)* ¡Los pecaos de los padres siempre manchan las frentes de los hijos! *(Vase foro.)*

RAFA. Yo me hago un lío con esa gente. ¡Un ladrón!... ¡Un asesino!... ¿Son buenos o son unos hipócritas que nos tienen engañados a todos? *(Vase lateral derecha.)*

ESCENA V

Pablo, Felio, después *Pelotilla* y *Micaela.*

PABLO. *(Sale por el foro con Felio.)* Perdone. Es preciso que hablemos unos momentos.

FELIO. Yo no tengo nada que hablar con usté; deme el vale pa que la cajera me abone mi jornal, y ahí queda mi puesto vacante pa quien lo quiera ocupar.

PABLO. Antes de que se vaya tenemos que ajustar una cuenta.

FELIO. Nada le debo. Usté se atravesó en mi camino y yo después en el suyo. La cuenta está saldá. ¡En paz!

PABLO. No se trata ahora de la villania de la delación. Esa, como usted dice muy justamente, está saldada. Yo le descubrí su pasado horroroso delante de una mujer que quería seducir; usted más tarde, aclaró el mío tristísimo para acusarme de un robo que no había cometido, "que sabe usted muy ciertamente que no había cometido".

FELIO. Eso de "ciertamente", es mucho decir.

PABLO. Y tan ciertamente que fué usted el ladrón.

FELIO. Este buen hombre se chifló en el presidio. *(Se va hacia el foro.)*

PABLO. ¡Tú qué te vas a mover de aquí! ¡Canalla! Tú me das ahora mismo la llave de tu baúl, para que yo mande por la cajita de hierro donde guardas las veinte mil pesetas. ¡No te muevas, que te pego un tiro!

FELIO. Ya conocemos su puntería. Al pobre comandante Rodolfo lo asesinó como a un pollo.

PABLO. Desprecio tus juicios, como te desprecio a ti. ¡Pronto! La llave, o vas derecho a la cárcel. A esa tumba donde sepultan a los hombres vivos. ¡Elige!

FELIO. Tome usted la llave.

PABLO. No lo hago por ti; lo hago por aquella infeliz y por tus hijos. ¡Pelotilla! ¡Recaredo! Ven en seguida.

FELIO. El sabrá...

PABLO. El no sabrá nada. Dale tú mismo la orden, para que no sospeche.

PELOT. *(Sale por el foro.)* ¿Qué manda?

FELIO. *(Dándole una llave.)* Hazme el favor de subir a casa de la Pimentona y trae de mi cuarto una cajita de hierro que guardo en el fondo del cofre. ¡No la pierdas!

PELOT. Mira tú si la iba a perder, siendo de hierro. *(Vase foro.)*

FELIO. ¿Se pué saber quién fué el chivato?

PABLO. La casualidad: sólo ésa.

FELIO. Si lo sé: fué la Pilonga que tié achares de la Celia.

PABLO. Es peligroso que sepan secretos las Pilongas.

FELIO. Me armó una bronca fenomenal, porque no me la quiero llevar al extranjero. ¡Qué imbéciles son las mujeres!

PABLO. Nadie mejor que tú puede dar fe de ello.

FELIO. Parece enteramente que usted se puso en mi camino pa destrozarme, pa deshacerme tó cuanto me propongo.

PABLO. ¡Es el destino! El ángel malo, que te vuelve la espalda. Cuando yo entré en la tienda, querías mi puesto para seguir robando, como Pedro; cuando por segunda vez aparecí delante de ti, querías engañar a una niña de diez y ocho años, para deshonrarla; cuando ahora te detuve, al despedirte de la casa era para largarte con los cuatro mil duros robados a tu amo con refinada astucia. ¿Ves cómo siempre fué cortándote el paso de la cárcel?

FELIO. ¡Amos, aún tengo que estarle agradecido!

PABLO. Hombre, francamente, sería muy justo que me lo estuvieras.

FELOT. *Sale foro.)* Ahí está la caja. He corrido la mar. Si no manda otra cosa, me voy pa mi puesto.

PABLO. Vete y muchas gracias.

FELOT. Da servirle siempre, señor Pablo. *(Vase foro.)*

PABLO. Anda, dame la llave. Muy bien; ésta es. Veinte mil pesetas... Puedes largarte.

MICAEL. *(Sale lateral izquierda.)* ¡Denúncielo, señor Pablo! No lo deje escapar, que este mal bicho tié que hacer aún muchas charranás si anda suelto. ¡Bandido! ¿Y tenías el valor de echar las culpas a un inocente?

PABLO. No se altere, Micaela; este asunto tiene que quedar sólo entre nosotros.

FELIO. Sabiéndolo semejante arpía, lo sabrán hasta las piedras de la calle.

PABLO. No temas; callará, si no por ti, por tus hijos.

MICAE. Pero, ¿es casao? ¡Jesús! Y aún lo defiende. Señor Pablo, dígame por favor, si es usted un pedazo de mazapán o un mortal de carne y hueso.

PABLO. Soy un hombre que sufrió mucho y sé disculpar y perdonar. Sólo soy eso. Tú, Felic, no saldrás de esta casa como un ladrón; abandonarás tu puesto, despidiéndote de la Galana como un dependiente honrado. ¡No chistes, y a obedecer! ¡Oyes, que a obedecer!

FELIO. *(Desde el foro.)* ¡Maldita sea! Yo no sé qué tiene este hombre que me domina, que me deja siempre hecho cisco. *(Vase, emocionado, por el foro.)*

PABLO. Es un desgraciado.

MICAE. ¡Es un sinvergüenza! *(Vase lateral derecha.)*

PABLO. *(Guarda la caja.)* Que vuelvan otra vez a ella.

ESCENA VI

Pablo, Lucía, después *Dora, Rafael* y la *Galana.*

LUCIA. Tome usted la carta.

PABLO. ¿La leyó?

LUCIA. Sí, señor. ¡Muchas gracias! Era cierto; no me convenía esa boda. *(Llora.)* ¡Qué pena tengo! Me da una lástima pensar que me callaba cuando ponía en ridículo a mi pobre madre, cuando no la quise saludar en la calle. ¡Tan buena, tan generosa!

PABLO. Aquello ya pasó, monina. Ahora a reír y a vivir contenta. ¡Diez y siete años!, un pajarito que canta a todas horas... Ya vendrá, no un príncipe fantástico vestido de oropel, sino un buen mozo, trabajador y honrado, que la haga muy feliz... ¡Lo otro fué un sueño, Lulú!

LUCIA. Lucía, don Pablo, Lucía Picocorbo. Nada de Lulú y Pico abreviado; lo mío, clarito, que suena a llaneza... ¡Que suena muy bien!

PABLO. Eso es hablar en razón, eso es ponerse simpática... ¿Pero dónde estará metida esa Galana, que no escucha estas cosas tan bonitas?

LUCIA. Ya se las diré para que se alegre... Mire, señor Pablo mi madre quiere que devuelva todos los regalos de boda. Tome su pulsera... désela a su hija, y muchas gracias. *(Llora.)*

PABLO. Nena, ¡por los clavos de Cristo! Si me haces eso, tomo cerillas, como dice Celia... La pulserita, ese modestísimo recuerdo, es de tu viejo amigo Pablo y de Dorita. Llévala siempre puesta. ¿Y me perdonas lo que te hice sufrir?

LUCIA. *(Besándolo.)* Mientras viva, le estaré agradecida. *(Vase corriendo por lateral izquierda.)*

PABLO. *(Emocionado.)* Vamos a ver si se marchó ese perillán. *(Tropieza con Dora.)* ¿Dónde va mi reina?

DORA. A ver a Celia, le dan unos arrechuchos fatales. Ya me contó Pelotilla lo de las veinte mil pesetas. ¡Qué espanto de hombre! Si ella lo sabe se desilusiona por completo.

PABLO. Eso espero. Voy a enterarme de si hizo alguna trastada antes de marcharse. *(Vase foro.)*

DORA. *(Yendo hacia lateral izquierda.)* Cuando ella sepa que se fué de la casa y que no volverá...

RAFA. *(Sale lateral derecha.)* Espera un momento, Dora. Tengo que hablarte.

DORA. Tú dirás.

RAFA. Es preciso que tengamos una entrevista a solas. Desde el otro día, no pude encontrar ocasión a propósito para pedírtela.

DORA. ¡Qué podemos decirnos, Rafael, después de saber la verdad, de conocer el estigma que me cubre!

RAFA. No puedo vivir sin ti. Paso por todo.

DORA. Yo ni debo ni quiero hacerte partícipe de mi desgracia. El nombre honrado de tu madre, te abre todas las puertas, como me decías aquella inolvidable tarde. Sería una afrenta para ti que el día de mañana te pudieran echar en cara que el abuelo de tus hijos era un ex presidiario que les legó una herencia de deshonor... Ya tienes bien explicado el por qué es

imposible nuestro cariño, aunque al exponerlo se me destroce el corazón.

RAFA. En mis luchas para no perderte, he pensado mil cosas... Yo quisiera explicarte mis planes, que a fuerza de cavilar, me parece que nos dan un rayo de luz.

DORA. Habla. ¡Por Dios te lo ruego!

RAFA. No me atrevo.

DORA. Por tu madre, te lo suplico. ¿No ves mi angustia?

RAFA. Pues bien; antes de hablar, te pido que me perdones. *(Apasionado.)* ¿Serías capaz, Dora de mi alma, de, al casarte conmigo, separarte de tu padre y venir en mi compañía muy lejos, donde nadie nos conozca, y allí, los dos felices, vivir honradamente de mi trabajo?

DORA. No sigas. ¡Pensé que tu amor era más generoso! Fué una ilusión nacida en la inmensidad del mío... ¡No protestes! Te amo como ama la primera vez una mujer que nunca amó, pero adoro a mi padre. ¡Abandonarlo a él, que viene de sufrir doce años de esclavitud, sólo alentándole en su martirio la esperanza de volver a vivir con su hija!... No Rafael, no. Te agradezco lo que me propones y no quiero aceptar. Entre sacrificarme yo y sacrificar a mi padre... ¡siempre yo! Y ahora, perdóname. Voy al cuarto de tu hermana, que también sufre.

RAFA. Espera... escúchame. ¡Por piedad!

DORA. ¿Qué me puedes decir después de lo que has dicho?

GALA. *(Sale lateral izquierda.)* Anda, Dorita, ves junto a Celia, que está como el león, con la calentura... ¡Mi madre, qué rabieta más espantosa!

RAFA. ¿Qué le pasa?

GALA. Es cosa muy seria esa niña... Anda, anda; que tú tiés mucha gracia pa consolarla. *(Vase Dora lateral izquierda.)* Pero... ¿qué te pasa a ti? Pero... ¿qué tiés, hijo mío?

RAFA. *(Abrazándola.)* Madre, que yo no puedo vivir

sin esa mujer. ¡Que la adoro más cada día!

GALA. ¡Puntillas! ¿Y por eso lloras? Anda corriendo y dile que venga. Pasao mañana os caso, así, de prisa, amos a la Paloma, y el Padre Lobo os echa las bendiciones... Yo pago de una vez todas las guirindainas del casorio. Cuando a la Galana le gusta una cosa las gasta así... ¡Mirario! ¡Pa qué poco servís los hombres modernos, puñales!

RAFA. *(Temeroso.)* ¿No le importa lo del padre?

GALA. ¿A mí? Ni un comino. Aquello ya pasó a la historia. Lo hizo y lo ha purgao, ¡pues tós en paz! Al que pecó y se arrepiente hay que abrirle con amor los brazos pa que no vuelva a pecar.

RAFA. Me ha dado usted por dos veces la vida.

GALA. ¡Y mil que fuera menester! La gorriona, como dice muy bien hablao el señor Pablo.

CELIA. *(Sale por la lateral izquierda, con Dora.)* Mire usté, madre; estos dos chicos están que se descuajan de enamoraos. Hay que arreglarles el asunto en dos zancás.

GALA. *(Aparte.)* Esta es de las mías. ¡La que más se me parece de los tres!

CELIA. ¡Tié gracia! Entra la Dorita a consolarme a mi cuarto porque estaba furiosa haciendo tirajos una endemoniá bata que me sentaba como un rayo, se echa a llorar hasta con hipo, y yo tengo que consolarla a ella. ¿Es verdá o es mentira?

DORA. Verdad.

LUCIA. *(Sale por la lateral izquierda.)* ¿Pero, es cierto que se marchó Felio? Mire, madre; me alegro. No me gustaba ese hombre; su mirada no es franca.

PABLO. *(Sale por el foro.)* ¡Bravo! Reunida la familia. Así podré entregar con todos los honores un encargo que he recibido para la Galana.

GALA. ¿Para mí?

LUCIA. Que se vea... que se vea...

PABLO. *(Le da la caja de hierro que saca de la mesa.)*

Son las veinte mil pesetas que vinieron volando.

RAFA. Pero, ¿cómo?... ¿quién?...

CELIA. ¡Qué cosa más rara, devolverlas después de lo que pasó!

LUCIA. ¿Pues no las había encontrado mi madre en la cajita de la cómoda?

RAFA. Explíquese usted. Se lo ruego.

PABLO. Permítame que me calle. ¡Si el arrepentimiento las devuelve, perdonado queda, señores!

GALA. Estoy tocándolas y me parece mentira.

CELIA. *(Bajo a Dora.)* Esa cajita se la regalé yo a Felio. ¡El fué quien las robó! ¡Dónde hubiera yo ido a parar, Virgen Santísima!

GALA. ¡Bien venidas sean! Pero, con las glorias, se nos han olvidado las memorias. Señor Pablo, es preciso casar a estos dos tórtolos.

PABLO. ¿A pesar de aquello, Galana?

RAFA. A pesar de aquello, señor Pablo. Mi amor es más grande que su delito.

PABLO. Gracias, hijo. Y para que ni una nube empañe nuestra felicidad, voy a confesaros lo que jamás confesé y quería que muriera conmigo.

MICAE. *(Sale por la lateral.)* ¿Puedo yo oírlo?

GALA. Tié el endemoniao vicio de escuchar, y no hay secreto pa ella.

PABLO. *(Desde el foro.)* Ven, Recaredo. ¡Qué buen muchacho es! Quiero que sea de los nuestros.

CELIA. A éste lo caso yo con Nemesita, o dejo de ser quien soy.

PELOT. *(Sale por el foro.)* ¿Me llaman?

PABLO. Sí. Ahora, escuchadme. Señores, yo soy inocente. Yo purgué durante doce años un delito que no cometí. Yo fuí a presidio por otro.

GALA. ¿Quién era ese hombre?

PABLO. ¡Mi hijo!

GALA. Entonces, se comprende.

DORA. ¡Ay, padre de mi alma!

PABLO. *(A Dora.)* A mí me salieron doce años de condena... A tu hermano lo hubieran fusilado, porque el muerto era comandante y él teniente.

¡Bien merecen doce años de martirio la vida de un hijo!

DORA. *(Llorando.)* Mamá murió sin saberlo.

PABLO. ¿Para qué? Las cosas se hacen bien o no se hacen. La pobrecita lo adoraba. El chico tuvo razón; su jefe le quitó la novia, encima le insultó con desprecio... ¡se sintió hombre y mató frente a frente! Dios hizo que yo llegase a tiempo para evitar que la terrible ley militar se cumpliera. En dos segundos, por una mala acción, se destrozó un hogar honrado y feliz, y al causante de ella le costó la vida... Ya sabéis mi historia verdad. ¡Puede usted, hijo mío, llevar orgulloso del brazo a mi Dorita!

MICAE. *(Aparte.)* Es un santo.

GALA. ¡Qué hermosa acción! Ya verá cómo Dios se la recompensa al fin... Oiga, señor Pablo, cuando se casen ésos, seguirá usté a nuestro lao, ¿verdá?

PABLO. No; ahora es Rafael el que debe regentar la casa. Todo queda en orden. ¿Para qué les hago falta yo, Galana?

LUCIA. Para guiarnos, para darnos consejos.

CELIA. Yo lo quiero como si fuera mi padre.

GALA. *(Ruborosa.)* ¡Ya lo oye usté, señor Pablo!

PABLO. *(Ruboroso.)* ¡Qué buenos son con este pobre viejo!

DORA. *(Besándolo.)* ¡Qué vas a ser viejo, vida! Anda, todos juntitos, papaíto de mi alma.

MICAE. *(Aparte.)* Si eso sale, diez velas de a peseta a la Paloma.

RAFA. *(Besándola.)* ¡Gorriona! ¡Yo no quiero que nunca te quedes solita en el nido!... ¡Reina! ¡Reina mía!

TELÓN